

PUNTO
ROJO

B8



LA MUERTE OS SALUDA

alf regaldie

LA MUERTE OS SALUDA

ALF REGALDIE

**LA MUERTE
OS SALUDA**

**1.^a EDICIÓN
NOVIEMBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 20617-1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© ALF. REGALDIE-1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruñera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 4682/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:**
768 — Oro negro en el valle.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
613 — Sangre en Broadway.
- En Colección BUFALO:**
433 — Cinco forajidos.
- En Colección PANTERA:**
38 — Rebelión en el Atlas.
- En Colección TEXAS:**
326 — Llegó un presidiario.
- En Colección CALIFORNIA:**
299 — Con la misma bala.
- En Colección COLORADO:**
234 — Plan criminal.
- En Colección KANSAS:**
192 — La muerte siguió su ruta.
- En Colección BRAVO OESTE:**
83 — Alias manos ligeras.
- En Colección PUNTO ROJO:**
22 — Defiendo mi vida.



CAPÍTULO PRIMERO

Becky Hillman se detuvo en actitud vacilante ante la puerta de hierro que daba paso al jardincillo que rodeaba el “chalet” en donde residía Barry Wilding.

No había demasiada luz en la hermosa zona residencial en la que, por otra parte, dominaba en aquella hora un silencio impresionante.

En la lejanía, un tocadiscos lanzó al aire las notas de uno de los últimos éxitos de Paul Anka.

Menos lejos, un perro aulló de manera espeluznante, terminando su aullido con un gemido lastimero, casi humano, que hizo estremecer a Becky.

Y más cerca aún, un radio-receptor emitió una serie de sonidos discordantes, capaces de hacer saltar los nervios a quién no estuviese muy en situación.

Tendió Becky la mirada ante sí.

La puerta de hierro estaba entornada. Bastaría con empujar, para abrirla.

A la otra parte de la puerta, se iniciaba el sendero, bastante amplio, bien cuidado, que llevaba en línea recta hasta la puerta principal de la residencia.

Ninguna de las piezas que daban al jardín estaban iluminadas.

Por una de las ventanas se percibía el resplandor de una luz que

correspondía a una de las piezas interiores, luz que quedaba velada por uno de los visillos.

A Becky le pareció el gigantesco ojo de un monstruo moribundo.

En el atrio al cual se abría la puerta de la mansión, había instalado un artístico farol que producía un débil círculo de luz que apenas si tendría tres yardas de diámetro.

El aire soplaba a ráfagas y mecía el farol Suavemente. Y el círculo de luz, hacía un juego que resultaba fantasmagórico en sus movimientos.

Becky se sintió sacudida por una corriente fría que la hizo vacilar nuevamente.

Al fin, se decidió y empujó la puerta de hierro, la cual produjo un chirrido hiriente al abrirse.

Becky consideró que aquello podía ser un mal presagio. Sin embargo, apretó los labios, adelantó audazmente la barbilla y avanzó decidida por el enarenado sendero.

Soltó la puerta de hierro, la cual, libre de la presión que Becky había ejercido sobre ella, volvió a cerrarse por sí sola, lentamente, produciendo de nuevo el desagradable chirrido.

Trató de convencerse la joven de que no tenía miedo, y movió airoosamente las caderas al andar.

Sus tacones resonaron al pisar sobre los escalones de mármol que subían hasta el atrio.

No era la primera vez que pisaba en ellos, había percibido la resonancia que tenían; sin embargo, en aquella ocasión recibió la impresión de que el sonido era diferente, que todo lo que le rodeaba era decididamente hostil.

Nuevamente se oyó el aullido del perro que, como final, volvió a gemir.

Mientras el tocadiscos cambiaba de canción y el radioreceptor parecía atacado de súbita locura por los gritos estridentes que soltaba.

Becky pulsó el botón del zumbador, el cual sonó de manera ronca en el interior.

Después de ello, no percibió ningún ruido más, tal que si la casa estuviese abandonada.

A pesar de ello, aguardó.

Transcurrió un tiempo prudencial, echó una mirada a la esfera de su reloj y volvió a oprimir el botón del zumbador.

En el interior se reprodujo el bronco sonido de llamada.

Y la puerta se abrió de manera silenciosa en el mismo instante, dando la impresión de que se había abierto sola, de manera

automática.

De manera silente apareció en el vano de la puerta un hombre alto, delgado hasta lo inverosímil, vestido de negro.

Sus manos calzaban guantes blancos, blancura que destacaba hiriente en el fondo negro de su traje, cuyo contorno se precisaba al ofrecerse a contraluz, pese a que la luz a sus espaldas era escasa.

Becky desorbitó los ojos al verlo y hubo de realizar un esfuerzo sobre sí misma para no gritar.

El hombre tenía la Cabeza afilada como la de un ave de rapiña, el color de la piel daba en amarillento traslúcido. Tenía el pelo rubio desvaído y sus ojos, grandes, carecían de expresión.

Becky se acordó de la ventana que dejaba ver cierta luz y la comparó con los ojos del hombre, que se producía de manera extraña y el cual la miraba dando la sensación de que no la veía.

La joven preguntó:

—¿Míster Wilding? Él me ha citado...

El hombre, sin aguardar a que Becky terminase de hablar, dando la sensación de que no la había escuchado, la interrumpió, diciendo con voz cavernosa:

—Haga el favor de pasar.

Se apartó el hombre a un lado. Su mirada mortecina parecía descansar sobre la sugestiva figura de Becky.

Esta, entró.

El hombre cerró la puerta.

Al hacerlo, un desplazamiento de aire alcanzó de lleno a Becky y le produjo un escalofrío.

Se cerró la puerta sin producir ruido alguno.

El hombre de negro y la mirada mortecina, volvió a hablar, diciendo:

—Sígame, por favor.

Caminó él delante, sin producir ruido, dando la impresión de que flotaba en el espacio.

Ella tampoco produjo ruido al andar, debido a las alfombras; y recibió la impresión de que vivía una especie de pesadilla.

Al llegar a la puerta de una salita, el hombre se apartó a un lado para dejar paso a Becky.

Entró Becky, lo hizo a continuación el hombre, el cual señaló un mullido sillón.

—Tome asiento, por favor. Míster Wilding la espera y la recibirá enseguida. Usted es la señorita Hillman...

Sin aguardar confirmación a sus palabras, dio media vuelta y caminó moviéndose como un autómatas.

Llegó el hombre hasta un tocadiscos automático y lo hizo funcionar.

Se produjo una música lánguida, suave, extraña, adormecedora casi.

La temperatura de la sala era agradable, los muebles acogedores.

Becky respiró con sensación de alivio al ver desaparecer al hombre, el cual tenía bastante de siniestro.

Mantuvo la mirada fija en la puerta, frente a la cual había quedado.

En el pasillo, frente a ella, había un gran espejo que reflejaba su imagen, la cual apenas si podía percibir por lo débil de la luz.

Después de la tensión nerviosa a que estuvo sometida desde que recibiera la llamada de Wilding, y que había ido en aumento de manera paulatina, llegaba para ella la depresión al encontrarse en el ambiente amable que la rodeaba en aquel momento.

Volvió a suspirar y cerró los ojos.

Fuera de la casa percibió un zumbido que muy bien podía corresponder a un motor.

También creyó percibir un batir de alas que cesó rápidamente, aumentando el zumbido de volumen.

La música resultaba adormecedora, el ambiente también, le pesaban los párpados, se sintió dominada por una extraña languidez...

En la casa reinaba un silencio absoluto fuera de la dulce música que también parecía debilitarse de manera paulatina.

CAPÍTULO II

Glenn Tucker caminaba silencioso junto a la verja que cercaba el jardín de la residencia del abogado Harry Wilding.

Se detuvo al llegar a la puerta de hierro.

Se oyó el aullido del perro en la lejanía. En aquella ocasión el aullido fue cortado de manera violenta por un golpe.

Giró Tucker sobre sí mismo y exclamó en tono bajo:

—¡Diablos! Esto tiene un aire bastante siniestro. No me extraña en un sujeto de la catadura de Wilding. Él también tiene mucho de siniestro.

Empujó Glenn la puerta de hierro de manera decidida y no se dejó impresionar en absoluto por el desagradable chirrido que produjo.

Avanzó por el enarenado sendero, percibiéndose el leve crujido que producía la arena bajo la presión del hombre.

Del interior de la casa llegó a oídos de Glenn la suave música del tocadiscos automático que funcionaba ininterrumpidamente en el interior de ella.

Glenn vestía de oscuro, parecía más delgado de lo que era y su estatura resultaba impresionante.

Tenía la figura airosa, los movimientos elegantes, elásticos, un tanto felinos.

Al llegar al final del sendero subió de una sola zancada los tres escalones y llegó hasta la puerta de entrada de la mansión, quedando dentro del movable círculo de luz que proyectaba el farol.

Giró la mirada en torno y seguidamente colocó el índice de su diestra sobre el pulsador del zumbador, sin que respondiese ruido alguno en el interior de la casa cuando hizo presión.

—Debe estar desconectado.

Observó entonces que la puerta no estaba más que entornada.

Sin vacilación alguna llamó en ella, golpeando con los nudillos de su diestra.

—Tampoco... —murmuró al no percibir movimiento alguno en el interior de la mansión.

Se decidió entonces a golpear con la palma de la mano, produciendo bastante ruido.

La puerta se abrió entonces lentamente de manera silenciosa, hasta tropezar casi con la pared.

La casa estaba casi totalmente a oscuras. Únicamente el débil resplandor de una luz que asomaba más allá del *hall*, por una puerta que daba a un corto pasillo.

—No me gusta nada esto...

En la mente de Glenn surgió la idea de que aquello podía ser una trampa.

La idea fue cortada por un escalofriante alarido de horror emitido por una garganta femenina.

Y Glenn percibió la sensación de que se le erizaban los cabellos y de que su cuerpo era sacudido por un escalofrío.

Había reconocido la voz de la persona que gritaba y exclamó:

—¡Es Becky! ¡Becky Hill...!

Le interrumpió un segundo alarido semejante al primero.

Al alarido siguió el leve ruido que producía una persona al desplazarse rápidamente sobre el piso alfombrado.

Siguió un fuerte estrépito, confundiendo el ruido que producía algo metálico al golpear, y el de unos cristales que se hacían trizas.

Glenn olvidó sus prevenciones, la idea de que todo aquello podía ser parte de la trampa que le podían haber tendido y se lanzó corriendo en dirección al lugar de donde habían partido los escalofriantes alaridos de Becky.

Al ruido del metal y los cristales rotos, siguió el de la caída de un cuerpo, produciéndose otro grito y un gemido lastimero.

Glenn hubo de saltar de lado para no tropezar con un sillón que no había podido ver en la oscuridad.

Al esquivar el sillón para seguir adelante, tropezó con un cuerpo que se hallaba tendido en el suelo y Glenn a su vez, cayó de bruces de manera violenta, produciendo fuerte estrépito.

El joven, en el momento en que caía, divisó a Becky, la cual salía de la única zona que disfrutaba de cierta iluminación.

La sugestiva morena daba la impresión de que la perseguían.

Glenn, al caer, había entrado en contacto con algo viscoso, tibio aún.

—¡Sangre!

Se levantó el joven como impulsado por un resorte intentando verse las manos, en una de las cuales había percibido el contacto.

Becky, al advertir que alguien se levantaba frente a ella, se detuvo en seco, desorbitó los ojos al máximo y volvió a gritar.

Glenn la llamó, dándose cuenta de que la voz le salía de manera extraña.

—¡Soy yo, Becky! ¡Soy Glenn!

Sintió Becky que las piernas se negaban a sostenerla y para

evitar su caída se aferró a los cortinajes que, descorridos, caían a un lado de la puerta de la sala.

Glenn, instintivamente, dio dos pasos en dirección a ella, que reaccionó, gritando a la vez que señalaba para él:

—¡No te acerques! ¡No era una pesadilla! ¡Lo has matado!

—¿Qué estás diciendo?

Volvió a mirarse las manos.

Sus ojos se habían ido habituando a la falta de luz y descubrió la mancha oscura de la sangre en una mano.

La mirada de Glenn descendió entonces hasta el suelo para descubrir el cuerpo de un hombre que se hallaba caído, con las piernas detrás del sillón y el cuerpo asomando, como puesto de intento para que cerrara el paso a la persona que tuviese que llegar hasta el pasillo.

No necesitó encender la luz para comprender que el hombre estaba muerto y adquirir el convencimiento de que se trataba de Barry Wilding.

Se sorprendió expresando en voz alta sus pensamientos:

—Está claro que me han tendido una trampa...

Como un eco, se produjo la voz de Becky, sorda a lo que no fuesen sus propias palabras, sus pensamientos, la tortura que vivía en el momento:

—¡Lo has matado! ¡No, no era una pesadilla!

—No lo he matado, Becky. Despierta, si es que estás dormida aún.

Glenn había advertido algo extraño en la joven. Y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

En lugar de responder, dijo la joven:

—Tenía que suceder algo así. Lo he temido siempre. Por eso deseaba y temía a la vez que llegase este día.

—Cierra la puerta de la calle, cierra las ventanas y enciende la luz. En este momento no debo moverme.

El joven la vio vacilar y le animó.

—Vamos. Has de tener confianza en mí. He entrado en el momento que tú gritabas... Entré precisamente por eso. Creí que estabas en peligro.

La mirada de Becky reflejó asombro. Su hermoso cuerpo se estremeció sacudido por un escalofrío.

—Yo misma he visto cómo lo matabas, cómo le clavabas el cuchillo. Por eso he gritado horrorizada, porque no lo pude evitar...

—¿Cuándo lo viste?

—Cuando he gritado —dijo ella.

—Lo han matado hace muy poco. Es posible que el asesino esté aún dentro de la casa, espiándonos... Pero la sangre está fría ya, si quieres convencerte, ven.

Becky no respondió. En cambio, miró mostrando viva estupefacción.

—¿En dónde estabas tú cuando me “viste” matarlo? —preguntó Glenn intuyendo mucho de anormal en todo aquello.

—¿En dónde quieres que estuviera? Estaba aquí mismo...

—Tú has salido de esa salita... Es allí en donde has gritado.

La joven se pasó una mano por el rostro, sacudió la cabeza en sentido negativo y murmuró con voz apagada:

—Es imposible... He visto como le clavabas el cuchillo...

Glenn miró a la joven fijamente.

Ella interpretó la mirada a su manera y dijo:

—No, no estoy loca, no lo he estado jamás...

—No te he dicho que hayas estado loca...

—Lo ha leído en tu mirada, Glenn...

—No has podido leer en mi mirada nada de eso. Sé perfectamente lo que te sucedió. Sé que no has estado ni estás loca...

Y tras una breve pausa, señaló hacia la puerta:

—Y ahora haz lo que te he dicho. Cierra puertas y ventanas para que no salga la luz al exterior y enciende. A menos que prefieras irte dejándome en la trampa que me han tendido.

Becky se sintió dominada por la actitud de Glenn y le obedeció dócilmente.

En el momento en que se disponía a cerrar la puerta, se produjo una corriente de aire. Becky sintió que la puerta se le escapaba de la mano, cerrándose con estrépito, mientras que una cortina colocada al fondo del pasillo era agitada por la corriente.

La joven volvió a gritar.

—Procura dominar tus nervios, Becky...

—¡Me han arrancado la puerta de la mano!

—Ha sido una corriente de aire. La he percibido perfectamente. Te he dicho que el asesino de Wilding estaba aquí. Y acaba de huir.

—Si es cierto, ¿a qué esperas? ¿Por qué no le persigues?

—Sería inútil. Tiene varias ventajas sobre mí. Y posiblemente una de las cosas que busca es esa, que le persiga.

Glenn se aseguró de que la mano izquierda no llevaba ninguna mancha de sangre y sacó el encendedor, el cual hizo funcionar.

Una vez encendido señaló para un conmutador de luz.

—Vamos, Becky. Sé valiente y enciende. Si cuento con tu ayuda,

puede resultar todo más fácil para mí.

La joven admitió con un movimiento de cabeza y se apresuró a obedecer, encendiendo.

—Toma un pañuelo y borra las huellas que hayas podido dejar en el conmutador.

Pero Becky se sentía atraída por el terrible espectáculo de la muerte, ofrecido por el cuerpo yacente de Barry Wilding.

Cerró Becky los ojos, a pesar de lo cual continuó viendo el rostro marfileño de Wilding, la crispación de sus manos cuyas uñas parecían querer clavarse en el suelo.

El abogado había caído en posición decúbito ventral y tenía la cara vuelta de lado, ofreciendo su perfil a la vista.

Lo habían matado con un cuchillo que le habían clavado en la espalda, entre los omóplatos.

Glenn dirigió una fría mirada al cadáver de Wilding. Seguidamente dirigió la mirada a su traje y lanzó una exclamación de disgusto.

Aparte de la mano derecha, llevaba una mancha de sangre en el pantalón, a medio muslo, alcanzándole la mancha el borde de la americana.

La sangre, aunque en poca cantidad, había goteado luego por la pernera hasta llegar al correspondiente zapato.

Becky, que había vuelto a abrir los ojos, siguió la mirada de Glenn y preguntó aún:

—¿De verdad que no lo has matado tú?

—Si me crees un asesino, es mejor que te largues.

Yo también sabré salir solo de esta trampa...

Tras una breve pausa añadió, respondiendo a la pregunta de la joven:

—No lo he matado. Si lo hubiese matado yo, no habría caído sobre él al correr en tu auxilio...

Se pasó Becky la mano diestra por la frente y dijo:

—Perdona. Todo esto es muy extraño.

—Celebro que lo vayas comprendiendo...

La joven apretó los labios, realizando un esfuerzo para no hablar.

—¿Qué te sucede? —preguntó él.

—Nada de particular. ¿Qué debo hacer?

—Ven aquí —pidió Glenn—. Ten mucho cuidado para no tocar nada. Y sobre todo, no toques sangre. Bastante llevo yo.

La linda y sugestiva Becky se acercó y dirigió una mirada interrogadora a Glenn, el cual le indicó:

—Mete la mano en ese bolsillo de la derecha, saca un pañuelo que encontrarás ahí y dámelo.

Becky obedeció una vez más.

Glenn, una vez tuvo el pañuelo en su mano izquierda, se limpió la mano contraria, enjugando la sangre del traje y el zapato.

Seguidamente se aseguró de que ni su mano ni su traje habían goteado sangre sobre el suelo.

—Así está mejor...

—¡Pero no puedes ir así por ahí...!

—Calma. Todo se irá arreglando. No han quedado huellas de mi caída... Habrán de estar muy listos para advertir que alguien se ha llevado un poco de sangre.

—Me asusta tu frialdad, Glenn. Antes no eras así.

—He tenido que aprender a dominarme.

—No sé... Estás procediendo como un criminal, Glenn.

—¿Y qué quieres que haga?

—Aseguras que eres inocente... Debes dar cuenta a la policía de lo sucedido. Contarles la verdad.

—¿Crees que la policía me creará? No seas inocente.

—La verdad siempre se abre paso, Glenn.

—La otra vez no se abrió paso y yo he tenido que estar una buena temporada encerrado. Y no es eso lo peor. Lo peor ha sido el descrédito, mi vida artística destrozada... Al menos, por el momento.

Becky suspiró.

—Puedes dejar de tenerme miedo —dijo Glenn.

—No te tengo miedo...

—La otra vez caí por salvarte. Si no hubiera sido un impulsivo, no me habrían podido envolver...

La joven se sonrojó ligeramente. Glenn prosiguió:

—Esta vez me veo así porque te oí gritar y corrí en tu auxilio. De no haber sido por tu grito, no me hubiese producido como un incauto. Había olido ya la trampa.

—¿Y por qué no te fuiste?

—¿Cómo puedes preguntar una cosa así? ¿Cómo te iba a dejar abandonada en un momento de peligro?

—Tienes razón, perdona... ¡Me duele tatúo verte en una situación como esta! Y más, cuando ahora sé que si has caído en la trampa ha sido por mi grito...

—Olvida eso...

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Becky.

—Luchar —respondió Glenn con energía—. ¿Y tú?

—No sé. Estoy desconcertada...

Luego dijo tímidamente:

—Puedes irte, Glenn. Entonces yo me presentaré a la policía y diré que han matado a Barry Wilding.

—¿Qué hacías tú aquí? ¿A qué habías venido?

—Me citó Wilding...

—¿Estás segura de que era él?

Becky afirmó con la cabeza, diciendo de viva voz:

—Sí, estoy segura de que era él. Me dio la impresión de que tenía mucho miedo...

—¿A qué o a quién?

—Te tenía miedo... El creía que saldrías mañana...

—Han adelantado mi libertad cuarenta y ocho horas. Buena conducta. Ya me hablan hecho otras bonificaciones en ese sentido...

—Bien. Él estaba asustado y me llamó para que interviniese contigo a su favor. Me aseguró que me daría las pruebas para que tú pudieses demostrar que la condena había sido injusta. Comprendía que tenías derecho a reivindicar tu nombre...

—¡Muy emocionante! Pero no sirve, querida Becky. Él sabía que yo había salido. Y me pidió que acudiese aquí... Precisamente para lo mismo.

—¿También te llamó por teléfono?

—También... Me dio la impresión de que tenía la voz estrangulada por la angustia... Y me pidió por favor que no iniciase mi acción reivindicadora hasta que él se hubiese marchado.

—A mí me lo dijo también. Tenía todo dispuesto para marchar mañana mismo —dijo Becky.

—¿Te señaló la hora? —preguntó Glenn.

—Sí; pero me retrasé unos minutos.

Se volvió a sonrojar y dijo:

—Tuve que hacer una gran parte del trayecto a pie. No tengo dinero.

—Yo llegué con un par de minutos de adelanto... Posiblemente por eso, cuando llegué, estaba aquí todavía el asesino.

Becky exclamó, mirando para el cadáver con expresión que reflejaba horror:

—¡Dios mío! Estamos aquí y tal vez el asesino ha avisado ya a la policía... Si él quiere que cargues tú con la muerte de Wilding...

—No lo hará. Él sabe bien que si avisa a la policía, será cuando esta comenzará a sospechar que tratan de engañarla...

—Tienes razón... Pero tenemos que irnos...

—De acuerdo... Borra tus huellas del conmutador de la luz. No

lo hiciste. Y haz lo propio en los lugares en donde hayas estado...

—El sillón, ahí en la salita.

Glenn comprendió que Becky tenía miedo y ofreció:

—Te acompañaré, no temas.

Entraron en la salita en donde Becky, al salir, había derribado una lámpara de pie.

—Se diría que la colocaron adrede para que tropezaras. Lo mismo que yo con el cadáver.

Mientras Becky pasaba un pañuelo por los brazos del sillón en donde habían descansado sus manos, Glenn hizo lo mismo con el pie de la lámpara, por si la joven se había asido a él.

Volvieron al lugar donde estaba el muerto.

Glenn procuró grabar en su mente todos los detalles.

—Vamos. Aquí no tenemos nada que hacer y prolongar nuestra estancia puede ser peligroso.

Una vez fuera, pasó otro pañuelo limpio por el pulsador del zumbador y por la puerta, en el lugar en donde había golpeado con la mano.

Tomó luego una ramita, hizo caminar a Becky en dirección a la salita y él se desplazó agachado y marchando de espaldas, barriendo con la ramita el suelo enarenado, borrando las huellas que habían dejado tanto al entrar como al salir.

Becky caminaba deprisa y llegó a la puerta de hierro bastante antes que él.

Apremió:

—¡Por Dios, date prisa! ¡Pueden venir! ¡Creo que oigo pasos...!

Glenn llegó al fin hasta la puerta y limpió los lugares en donde calculó que tanto él como Becky habían empujado para abrir.

—Arreglado todo...

Percibieron el zumbido de un motor y a poco la calle era barrida por los focos de un automóvil.

—¡Ya están ahí! ¡Nos pillarán! —exclamó Becky.

Glenn la asió de un brazo y dio un tirón, obligándola a quedarse quieta.

—No pierdas los nervios... Somos novios y vamos paseando...

La tomó del brazo y la obligó a marchar, pasándole luego el brazo por la cintura.

El advirtió que ella se estremecía.

—No son las manos de un asesino, puedes estar segura...

El automóvil los enfocó durante unos instantes. Becky se estrechó contra el cuerpo de Glenn.

Miró luego, cuando el automóvil pasaba, y gritó de manera

estremecedora.

CAPÍTULO III

Glenn, que cubría con su cuerpo el de Becky y estaba seguro de que ella no había recibido ningún daño, le tapó la boca con la mano izquierda.

—¡Silencio! ¿Qué sucede?

—¡Era él! ¡Sus ojos!

—¿El? ¿Quién?

—¡El criado de Wilding que me abrió la puerta! ¡Era ese mismo que miraba desde el automóvil!

—He visto algo así como la cara de un muerto y unos ojos extraños... Con la falta de luz, no he podido ver más...

—¡Yo estoy segura de que era él!

El automóvil había desaparecido rápidamente de la vista de los dos jóvenes.

Glenn se mantuvo pensativo unos instantes, diciendo al cabo:

—No hay duda que se ha dejado ver con un propósito determinado. Pero, ¿cuál?

—¡Por favor, Glenn, vámonos! Tengo mucho miedo —manifestó Becky en tono angustiado.

Otro automóvil hizo acto de presencia. Pero así como el primero era un magnífico “Singer” último modelo, el que llegaba entonces era una especie de pieza de museo.

Al avanzar trabajosamente, producía un ruido de latas chocando unas contra otras y daba la impresión de que se iba a desarmar en cualquier momento, quedándose el conductor al aire, con el volante en la mano.

El automóvil se detuvo ante la verja de hierro de la casa del abogado.

Glenn, que había reanudado la marcha llevando a Becky de la cintura, se detuvo.

—Un momento, Becky. No temas, no es la policía aún. Ellos llevan otros vehículos —añadió en tono levemente humorístico.

Del destartado automóvil había descendido un hombre, el cual llegó hasta la puerta de hierro y abrió las dos hojas de la misma.

—Eso quiere decir que va a entrar con el cacharro.

El hombre, una vez hubo abierto la puerta miró accidentalmente en dirección a los dos jóvenes.

Becky y Glenn, en previsión, habían vuelto la espalda y volvían a

caminar.

El hombre no les prestó demasiada atención, se metió en el desvencijado vehículo y maniobró con él, entrándolo en el jardín que rodeaba el pequeño “chalet”.

Glenn indicó al oído de Becky:

—Ahora es cuando debemos darnos prisa en desaparecer de aquí rápidamente. Este sí que avisará a la policía.

—¿Le conoces?

—No; pero se advierte que es de la casa. Seguramente, el criado de Wilding.

—¿Y el otro, el que iba en el automóvil de delante?

—No te puedo responder. Cuando yo llegué, no estaba... Vamos...

—Tenemos que ir a pie. No puedes subir en ningún vehículo ni dejarte ver así en ninguna zona iluminada.

—Tomaremos un taxi. No debes preocuparte.

—¿Es que te has vuelto loco? —preguntó la joven señalando para las manchas del traje.

—Compraras un periódico. Lo llevaré en la mano a medio desplegar y no resultará difícil cubrir la mancha con él...

Becky había dejado de sentir temor por la forma de actuar de Glenn, comenzando a experimentar no poca admiración por el joven.

—¡Encuentras solución a todo!

—Espero ir encontrándola. Por el momento se trata de conservar el dominio de nuestros nervios y nuestras ideas.

Caminaron deprisa.

Descubrieron un puesto de venta de periódicos y tabaco. Glenn dio dinero a Becky.

—Toma. Compra también tabaco.

La joven se alejó, regresando a poco con lo pedido.

Glenn observó que ella se conducía con maneras más normales y que se movía, al andar, con cierta coquetería. Y aunque estaba pálida aún por las emociones vividas, sonreía ligeramente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la joven.

—Buscar un taxi y luego iremos a mi departamento. Quiero recoger algunas cosas antes de que la policía llegue allí.

—¿Crees que irá?

—Es lógico que vaya. Al aparecer muerto Wilding, si yo fuese policía, es lo primero que haría...

—¡Pero tú no lo has matado!

—No lo he matado. Pero lo amenacé de muerte cuando logró que se me condenase...

—¡No debiste hacerlo!

—Ya lo sé, pero lo hice.

—Si la policía te busca, estás perdido.

—No lo creas. Ni siquiera sabrá que estuve allí. Naturalmente, tengo que hacer desaparecer el traje que llevo puesto.

Mientras caminaban, dijo Becky:

—No he podido comprender por qué se ensañó Wilding contigo.

—Puede que estuviese enamorado de ti.

—No hay nada de eso. Yo sé bien de quién estaba enamorado él... Al citarme por teléfono me aseguró que hoy me lo diría todo para que te lo explicase a ti.

Detuvieron un taxi.

Glenn cubrió las manchas de sangre de su traje, con absoluta normalidad, jugando hábilmente el periódico que llevaba medio desplegado en la mano derecha.

Dio el joven una dirección que no era la suya, pero que quedaba próxima.

Y ya en marcha, pidió a Becky que le relatase lo sucedido.

—Verás. Hace más de dos horas me llamó Wilding, me señaló hora y me dijo que fuese a verle, según ya te he dicho.

Iba Becky a mitad del relato cuando el automóvil se detuvo en el lugar señalado por Glenn.

Pidió el joven a Becky que se quedase en el automóvil y se alejó en dirección a su casa.

El portero levantó la vista al verle entrar. Glenn preguntó con naturalidad:

—¿Algún recado?

—Han venido varias jóvenes a interesarse por usted. No lo han olvidado. Por lo demás, nada de nada...

—De acuerdo. Gracias.

Se alegró, cuando llegó al ascensor, de que subiesen varias personas con él. Le resultó más fácil cubrirse sin llamar la atención.

Fue de los primeros en descender, en la tercera planta, donde se hallaba su magnífico apartamento, que había conservado durante el tiempo de cárcel.

Se disponía Glenn a meter la llave en la cerradura para abrir, cuando de un departamento próximo salió un joven apuesto, elegantemente vestido. Tenía un aspecto muy deportivo y sus ojos, muy azules, miraban de una manera muy particular.

Sonrió al divisar a Glenn, avanzando rápido a su encuentro a la vez que le tendía la mano derecha, y saludó:

—¡Celebro que vuelvas a estar entre nosotros, Glenn!

—Gracias, Riley.

Glenn, hábilmente, adelantó su izquierda, en la que mantenía entonces el periódico, que cubrió así las manchas. La llave pasó a la mano izquierda de Glenn que tuvo una forma natural de adelantarla. Y estrechó con su derecha la que le tendiera Charles Riley.

—Yo no creí que fueses culpable, Glenn.

—Gracias de nuevo, Charles. Es consolador saber que la gente cree en uno.

—¿Celebramos el encuentro? Pasa a mi departamento y tomaremos una copa. Quisiera hablar contigo.

—En otra ocasión, Charles. Me están aguardando. Y ya sabes, no se debe hacer esperar...

—Seguro que es alguna chica. Eres un fulano con suerte, Glenn...

—No creo que tú te puedas quejar... Excúsame...

Había vuelto el llavín a su derecha y abrió.

Con la puerta abierta y siempre cubriéndose con el periódico, volvió a estrechar la mano de Riley y penetró en el departamento, cerrando la puerta tras un corto intercambio de frases amables.

Una vez dentro, Glenn se apoyó de espaldas contra la puerta y murmuró:

—¡Uf! Jamás había estado tan pegajoso el loco este. Antes desbordaba odio hacia a mí y en cambio ahora...

Se encogió de hombros y comentó:

—¡Bah! Es un lunático...

Glenn dejó el periódico sobre un mueble y se encaminó a su dormitorio.

Una vez en él abrió uno de sus roperos.

—Bien, todo en orden. Ricky no se ha descuidado.

Glenn eligió traje rápidamente y lo sacó, colocándolo sobre la cama.

Y entonces se volvió para cerrar el ropero.

—Habré de cambiar también de zapatos. Luego limpiaré bien estos y les haré cambiar los tacones.

A espaldas de Glenn se movió una cortina perceptiblemente.

El joven, que no había advertido nada, se agachó para elegir entre los pares de zapatos que tenía en uso.

Miró una vez más al traje, y eligió un par de los que consideró más cómodos.

La cortina se había ido apartando sin producir ruido alguno mientras Glenn estaba agachado. Un hombre, tan alto como el

propio Glenn, algo más recio, apareció y caminó sigilosamente, sobre las puntas de los pies.

El hombre, que empuñaba en la mano diestra una porra de goma, calculó bien distancias y levantó el arma a la vez que en su rostro se dibujaba una sonrisa aviesa.

El hombre descargó el golpe.

Glenn, intuitivamente, había levantado la vista y vio reflejado el movimiento en la pulida superficie del mueble que tenía frente a sí y se dejó caer de lado rápidamente.

Falló el hombre por la inesperada acción de Glenn, yéndose de bruces acompañado por el leve silbido de la porra de goma.

El joven se apoyó fuertemente sobre los talones y se disparó hacia atrás cuando ya el golpe había pasado, y logró esquivar también el cuerpo de su enemigo.

Rodó Glenn sobre sí mismo y se puso rápidamente en pie.

Pero su enemigo no le fue a la zaga en rapidez, y se levantó de un salto, girando rápido para enfrentarse con Glenn.

La expresión del granuja se había tornado torva al esgrimir de nuevo la porra.

—¡No escaparás! —dijo con voz bronca.

—No intento escapar. Trato de evitar que escapes tú. Viene a ser lo mismo, pero totalmente al revés —manifestó Glenn en tono humorístico.

Fintó con un brazo, descargó nuevamente un golpe el otro, y Glenn saltó ágilmente hacia atrás.

La porra volvió a producir su amenazador silbido y llegó hasta golpear en el suelo.

El individuo que había golpeado, que se entregaba en cada golpe, al fallar, se inclinó bastante hacia adelante y por unos momentos ofreció su cuello a Glenn.

Este, que había provocado la acción de manera deliberada, estaba preparado y atacó, golpeando con el canto de la mano.

Al hombre se le doblaron las rodillas e inició la caída.

Pero Glenn, después de su golpe, levantó una de las rodillas y la estrelló en la boca del individuo.

El hombre exhaló un gemido, dio media vuelta y cayó fuera de combate.

Se apresuró Glenn a inutilizarlo amarrándolo por los tobillos y por las muñecas después de pasarle los brazos a la espalda.

Respiró aliviado. El hombre manaba sangre por los labios reventados y de las encías, de una de las cuales habían saltado dos dientes.

Y Glenn comentó:

—Estoy seguro de que me recordará toda la vida.

Se despojó Glenn, rápidamente del traje que llevaba, así como de los zapatos y vistió y calzó los que había elegido.

Pasó al nuevo traje todo lo que llevaba en el anterior.

A continuación, mojó las partes manchadas del traje, para evitar que la sangre secara demasiado.

Seguidamente hizo un lío con todo y lo metió en un maletín. Después, en una cartera grande, de cuero, colocó algunas cosas que podía necesitar.

Se disponía a salir, cuando sonó el timbre telefónico. Alargó la mano para tomar el aparato, pero desistió.

—Que vuelvan a llamar otro día, cuando todo esté claro.

El hombre lanzó un resoplido y Glenn volvió atrás y le golpeó nuevamente, enviándolo otra vez a la región de los sueños forzados.

Repasó las ligaduras y quedó satisfecho.

Antes de salir, se dirigió al portero:

—Si viene Ricky, que haga vida normal. Yo puedo volver esta misma noche o retrasarme unos días, lo ignoro.

—Sí, míster Tucker. Le daré el recado.

Poco después, Glenn se reunía con Becky en el taxi.

Ella se sintió satisfecha al observar que él se había librado del traje cuyas manchas podían delatarlo.

Glenn, antes de que Becky diese las señas de su departamento, dio las de un conocido hotel próximo a él.

La joven, que había abierto ya la boca para hablar, comprendió y guardó silencio.

Becky, mientras el coche rodaba, completó su relato. Cuando terminó, preguntó a Glenn, que la escuchaba atentamente:

—¿Qué sucede, Glenn? Al referirte las cosas como han sucedido, yo misma me doy cuenta de que hay fallos.

—Sí, los hay...

—¡Dios mío! ¿Me habré vuelto loca? Tú sabes que...

—No estás loca. Sufriste una fuerte depresión nerviosa. Se le puede calificar de una simple neurastenia.

Y estás perfectamente bien, aunque todavía quede en ti cierta debilidad.

—¡No! ¡Estoy loca, lo sé! ¡Es absurdo lo que me ha sucedido! Estoy loca, toca...

La mirada de Becky reflejaba viva angustia a la vez que repetía las últimas palabras de forma obsesiva.

CAPÍTULO IV

Glenn ordenó al taxista que detuviese el coche un poco antes de llegar al hotel.

Pagó y descendió del automóvil, ayudando luego a Becky, a la que había procurado calmar.

Una vez en la acera, la animó:

—Te aseguro que no estás loca. Luego hablaremos de eso, Becky.

Le sonrió, le estrechó la mano y le entregó luego su cartera de cuero.

—Ahí tengo un teléfono público. Voy a telefonear.

—¿A quién?

—A la policía...

—¿Vas a decirles...?

—Luego te lo contaré.

Glenn entró en la cabina del teléfono público y tras meter la moneda, discó el número correspondiente a uno de los departamentos de la criminal.

—Felicia al habla —respondieron.

—Deseo hablar con el teniente Farrell. Soy amigo particular de él.

Siguió un gruñido y el ruido que producía el micro-auricular al ser descansado sobre una mesa.

A poco oyó Glenn una voz juvenil.

—Farrell al habla. ¿Quién está al aparato?

—Glenn Tucker, muchacho...

—¡Tuc...! ¡Diablos!

—Diablos, no —expresó el joven en tonillo humorístico—. Digan lo que digan, no tengo nada de diablo, Farrell.

—Mejor así... No sabía que estabas ya de vuelta y me ha sorprendido, la verdad.

—Hubo un pequeño adelanto y llegué hoy. Te necesito, Farrell.

—Puedes disponer de mí sin reservas...

—Es consolador oír tal cosa cuando la mayor parte de la gente lo ha abandonado a uno...

—Ya hablaremos de eso. Aquel asunto tuyo no resultó agradable.

—¿Me crees culpable?

—Luché por lograr pruebas que demostrasen que eras inocente y no las encontré.

—¿Encontraste pruebas de mi culpabilidad?

La respuesta tardó en llegar.

—No, no las encontré. Solamente indicios.

—Magnífico, Farrell. Ya hablaremos de eso en otro momento más apropiado. Escucha ahora...

—Di...

—Hace un rato llegué a mi departamento. Me estaba aguardando un fulano con una porra de goma. Falló y le zurré. Lo he dejado dormido y amarrado... Me gustaría que fueses allí rápidamente y lo trincaras. Y trata de saber a qué fue allí. Seguramente tendrá alguna versión.

—¡Voy enseguida! ¡No te muevas de ahí!

—¡Un momento, Farrell!

—¿Qué sucede?

—No te hablo del departamento. Tengo mis razones para no aguardar allí. Haz lo que te he dicho y ya hablaremos...

—Pero...

—Lo comprenderás todo. El portero tiene una llave en el caso de que no haya llegado aún mi secretario y ayuda de cámara. Ya me pondré en contacto contigo.

Colgó el aparato telefónico y sonrió con expresión maliciosa, seguro de que Farrell estaría maldiciendo en los tres idiomas que conocía.

Luego se reunió Glenn con Becky.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella.

—Nada de particular. Se trata de un buen amigo y lo he enviado a mi departamento.

—¿A tu departamento? ¿Te han robado algo?

—Me aguardaban con una gruesa porra de goma, para dormirme... Pero no perdamos tiempo.

Tomó Glenn a Becky del brazo y poco menos que la obligó a correr mientras él caminaba a grandes zancadas.



Estrelló la rodilla en la boca

Por el gesto del portero comprendió Glenn que Becky no había pagado el alquiler del departamento hacía algún tiempo.

El hombre, que al divisar a Becky había abierto la boca para hablar, la volvió a cerrar al divisar a Glenn detrás de la joven.

Pasaron ambos jóvenes al ascensor, que los dejó en la sexta planta, en la que Becky tenía su departamento bastante más modesto que el de Glenn.

Abrió ella y el joven la obligó a pasar delante.

Tan pronto cerró la puerta, dijo:

—Llena la bañera de agua y mete el traje en ella. Va en el maletín ese. Lo he mojado para que la sangre no se resecase...

—Comprendo.

—Envuelto, aparte, va el pañuelo.

—Lo pondré en la pila. Eso resulta más fácil.

La joven había reaccionado favorablemente y siguió diciendo...

—Confía en mí...

—¿Sabes que estás muy linda, Becky? Y te encuentro bastante más llena y...

Silbó con expresión admirativa a la vez que señalaba unas curvas ondulantes en el aire.

—No has perdido encanto con eso, y estás mucho más sugestiva.

La atrajo hacia sí y la besó largamente, sintiéndose correspondido por ella.

Al fin, Becky, tras un suspiro, se separó de Glenn y dijo:

—Tengamos juicio, Glenn. Esto urge...

—Todo es necesario, cariño.

Una vez en agua el traje y el pañuelo, anunció ella:

—Afortunadamente, tengo buenos detergentes... Sin embargo, no creo que el traje quede en condiciones de que lo puedas usar tú...

—No se trata de eso. Lo hubiese quemado, pero produce mucho olor y eso siempre llama la atención. Por otra parte, siempre suele quedar algún resto...

—Es lo que he visto en todas las películas y lo que he leído en las novelas —dijo Becky en broma.

—Por si acaso. Lo podría haber enterrado, lo podíamos haber lanzado al mar con un buen peso... Pero siempre aparecen cuando menos se les necesita...

—No te preocupes. Me dice el corazón que todo saldrá bien. Alguna vez tiene que cesar nuestra mala suerte.

—Ha cesado ya. Esto de ahora va a ser una verdadera diversión... ¡Ah! Es posible que nos tengamos que marchar de aquí, Becky...

—¿A dónde vamos a ir?

—Rick, mi secretario, tiene una pequeña casa en San Pedro. Puede ser nuestro refugio.

—¿Y el traje? Se ha de secar, lo he de planchar...

No creo que tenga tiempo si nos hemos de ir...

—Déjalo que se borre toda huella de sangre. Ya se secará allí. Y una vez seco y planchado, se le puede dar a cualquier necesitado.

—Tienes razón. Es la mejor manera de deshacerse de él.

—Naturalmente. Si se diese a una prendería, se corre el riesgo de que la policía vaya a ellas. Las controlan bien en casos de estos. Por el mismo motivo no he pensado en llevarlo a limpiar a una tintorería.

Glenn dio un manotazo en el aire tal que si espantase una mosca y dijo:

—Dejemos eso. Confío la cuestión a tus manos... Vas a llamar al portero y le dices que te suba los recibos que tienes pendientes de pago.

Becky se sonrojó y dijo:

—No puedo admitir...

—Has lo que te digo. No tenemos tiempo que perder... Ya me devolverás el dinero cuando trabajes, si no nos hemos casado antes.

—¿Serías capaz de casarte conmigo? —preguntó Becky sin acabar de creer lo que escuchaba.

—Cuando uno es libre, se quiere a una mujer, ella es libre también y le quiere a uno, es lo que se debe hacer.

—Pero tú sabes que yo he tomado drogas.

—Bien, ¿y qué? ¿No estás curada?

—Sí. Y te aseguro...

—No me asegures nada. Yo creo en ti. Y pienso que todos tenemos errores en la vida. De unos nos podemos rehacer y de otros no. Tú te has reivindicado ya.

—Gracias, Glenn. Te debo mucho. Te hubiera sido fácil deshacerte de la acusación que pesaba sobre ti si me hubieras delatado.

—Tal vez el que nos tendió la trampa buscaba eso: enfrentamos, para que tú me odiases.

—¿Crees que puede haber gente tan mala?

—Y peor. El asesinato de Wilding lo pone patente. Wilding era un bicho, pero no merecía ese final.

—Estoy de acuerdo contigo —expresó Becky.

—Y hay algo peor aún que el propio asesinato de Wilding, y es el querer colgárnoslo a nosotros.

—Cierto.

Becky permaneció pensativa unos instantes, preguntando luego:

—¿Crees realmente que quien te ha preparado la trampa está enamorado de mí?

—¿Y si me quiere a mí, por qué me compromete?

Glenn miró a Becky con expresión que reflejaba sorpresa y dijo luego lentamente:

—Tienes razón... Tal vez haya llegado a odiarte porque siempre

mostraste inclinación hacia mí.

—¿Sería monstruoso! ¿Es que una no va a tener derecho a elegir?

—Naturalmente que sí; pero hay quien, cuando la vida le niega una cosa, prefiere destruirla a que sea de otro.

Tras una pausa, dijo Glenn:

—Anda, llama al portero. Toma dinero, le pagas y le anuncias que vas a estar fuera unos días. San Diego, Tijuana, Ensenada... En donde más te guste...

—Lo dices de una forma que da la impresión de que vamos a ir.

—Iremos cuando pongamos todo en claro. Yo necesito un descanso también. Puede ser nuestra luna de miel. ¿Qué te parece Acapulco?

—¡Por favor, Glenn! ¡No hagas que me ilusione, para luego...!

—Está bien. Haz lo que te he dicho. Llama al portero y págale... Le puedes dar una propina.

—En realidad, no la merece...

—De acuerdo. Sin embargo, dásela. Se comportará con más discreción que si no se la das.

—Ahí tienes el bar. Puedes preparar algo para beber.

Y en la nevera habrá algo para acompañar a la bebida. No tengo demasiado apetito, pero no quiero beber si no como.

Llamó Becky por teléfono interior al portero, el cual, al recibir la petición de los recibos pendientes, se apresuró a subir.

Glenn se desentendió de la cuestión, preparando unos bocadillos y bebida.

Becky, tras abonar los recibos, dio una propina al portero.

—Eso, para usted.

El hombre sonrió a la vez que agradecía de viva voz la dádiva.

Después informó:

—Míster Charles Riley preguntó por usted poco antes de que llegase, hace unos minutos.

—¿Dejó algún recado?

—Dijo que volvería, Me pidió que no le dijese nada si regresaba, pues quería sorprenderla.

—Si vuelve hará el favor de decirle que le telefoneé para comunicarle que me iba fuera.

—Comprendo...

—Realmente, me voy dentro de un rato y no quiero que me estorben. Estaré fuera una semana, tal vez dos. Voy a pasar unas cortas vacaciones en San Diego. Tal vez llegue hasta Tijuana...

—Es estupendo, poder viajar —suspiró el hombre.

—Espero que tome los recados que le traigan para mí.

—Puede estar usted segura de ello. Y si necesita alguna cosa, no tiene más que decirlo.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta.

Cuando hubo cerrado después que se marchó el portero, acudió Glenn junto a Becky.

—He pensado que tal vez te han enredado en la trampa para que me aborrecieses... Recuerda que fuiste “testigo” del asesinato de Wilding y que el asesino fui yo.

El rostro de Becky mostró una expresión de horror que hizo reír a Glenn, el cual apoyó una mano en su hombro.

—No temas. Eso es lo que quisieron hacerte ver.

Se interrumpió Glenn como quien hace un descubrimiento importante y preguntó:

—¿Qué he dicho? “Lo que quisieron hacerte ver...” ¡Justo es eso, Becky! ¡Ya tengo algo más en mis manos! —exclamó Glenn alborozado.

Ella se atrevió a bromear:

—Espero que no seas tú el que se haya vuelto loco.

—Seguro que no.

Glenn consultó su reloj y dijo a Becky:

—Ocúpate de mí traje un momento. Yo voy a telefonear a Farrell. Luego me vas a hacer una lista de tus adoradores desechados o simplemente decepcionados.

Becky sonrió con graciosa coquetería y advirtió:

—Será una lista muy larga...

—Ya lo supongo. Estoy convencido que me casaré con una de las mujeres más cautivadoras del mundo.

La volvió a enlazar por la cintura, estrechándola fuertemente entre sus brazos a la vez que la besaba.

Ella se le escurrió, corriendo en dirección al baño, desde cuya puerta se volvió para decirle:

—Eres un fulano de cuidado, Glenn.

—¡Diablos, Becky! No creerás que es fácil conservar la tranquilidad a tu lado...

—Me gustaría oírte decir eso mismo dentro de diez años...

—Y dentro de veinte, ¿no?

—¡Mejor aún!

—Pues te lo diré dentro de veinticinco.

—¡Farsante!

Lo amenazó con un dedo y desapareció.

Glenn tomó el teléfono y marcó en el disco el número de su

departamento.

—¿Farrell? —preguntó.

Una voz impersonal le respondió:

—Los asesinos mueren en la cámara de gas...

—¡Pues ya sabes el final que te aguarda! —respondió el joven, seguro de que había hablado con el asesino, aunque no imaginaba quién podía ser.

Colgaron a la otra parte del hilo y Glenn hizo lo propio.

CAPÍTULO V

Glenn volvió a llamar a la brigada, no tardando en ponerse en contacto con Farrell, el cual le soltó:

—¿Es que has intentado burlarte de mí o te has vuelto loco?

—Ninguna de las dos cosas. ¿Qué ha sucedido?

—Allí no había nadie.

—¿Y no viste huellas de sangre en la alfombrilla, al lado de mi casa, cerca de uno de los roperos?

—¡No! No había ninguna alfombrilla... Y ahora, seamos formales. ¿En dónde puedo verte?

—Ignoro si en algún cinematógrafo proyectan alguna película mía...

—¡Déjate de bromas! Estaba aún allí tratando de encontrar alguna huella cuando los chicos de Homicidios se presentaron a buscarte.

—Imaginaba algo así y por eso no te agüardé a ti, y mucho menos, a ellos.

—¿Acaso sabías que habían matado a Wilding?

—No lo sabía cierto, pero lo suponía. Él me citó esta tarde en su casa. Acudí a la hora que me señaló, pero no me abrieron...

—Creí que ibas a decir que no habías estado allí... Te vieron, Glenn.

—¡No me digas!

—Ibas con una chica...

—Conservo la admiración de ellas. ¿No te dijo el portero que han estado algunas a verme?

—Sí, me lo dijo. Escucha, Glenn. Yo estoy convencido de que no has matado a Wilding y por eso mismo debes venir...

—Yo estoy convencido de que la otra vez era inocente y me he pasado seis largos meses encerrado. Tú también estabas convencido de que yo era inocente, ¿y qué pudiste hacer por mí?

Farrell se mantuvo silencioso, aunque produjo un resoplido que indicaba su insatisfacción y su confusión.

Glenn siguió diciendo:

—Hace un momento llamé a mi departamento. Intentaba ponerme en comunicación contigo. ¿Sabes quién estaba allí?

—¿El fulano al que golpeaste?

—No. Estaba el asesino de Wilding.

—¿Quién es?

—En este momento no sé mucho más que tú. Sé que estaba allí, he hablado con él, pero nada más.

—No irás a decir que era el fulano de la porra de goma, si es que tal fulano ha existido.

—Si hubiese creído que el de la porra de goma era el asesino, no lo habría dejado de la mano.

—¿Y a qué puede haber ido allí el asesino, me quieres decir?

—Tal vez a dejar alguna “evidencia” de que yo asesiné a Wilding...

Siguió otro lapso de silencio. A poco se produjo un segundo resoplido por parte de Farrell, que murmuró:

—¡Diablos!

—¿Qué vas a hacer, Farrell? —preguntó Glenn.

—Algo que no debiera hacer. Pero soy tu amigo y quiero demostrártelo. Voy a ir a tu departamento en visita particular. Espero que no te quejarás luego si hago un registro en él.

—Estás autorizado para hacerlo. Y agradezco que haya sido una iniciativa tuya, sin necesidad de pedírtelo.

—¿De quién sospechas, Glenn?

—No tengo nada aún. Tengo que pensar. Y tengo que largarme porque parece que tus compañeros no están dispuestos a dejarme pensar tranquilo.

Siguió otra pausa. Al fin dijo Farrell:

—Glenn. Ten cuidado con lo que haces. La justicia...

—No sigas, amiguito. Te consideras en la obligación de amontonar palabras y no te das cuenta de que desvirtúan los hechos. Ayudaré a la justicia.

—Pero...

—Pero no estoy dispuesto de momento a ser un juguete de la buena fe de hombres como tú. Como supongo que estaréis verificando la comunicación, corto y me largo. Tendrás noticias mías...

No aguardó la respuesta y colgó el microauricular.

—Querida. Recoge eso y vámonos cuanto antes.

—¡Pero tendré que ponerlo a secar! La sangre ha saltado ya totalmente a lo que parece.

—Lo pondrás a secar en otro sitio. Escúrrelo y al maletín con ello. En tanto, yo prepararé alguna cosa de comer por si Ricky no tuviese nada en su casa.

—¿Tienes llave?

—No es necesario. Sé cómo abrir. Ricky me lo dijo en más de

una ocasión, por si necesitaba inesperadamente de aquello.

Becky se sintió celosa y recriminó:

—Para alguna aventura, ¿verdad? ¡Los hombres sois un asco!

—No debes juzgarnos severamente con eso. Cuando los hombres tenemos alguna aventura de esas, siempre la vivimos con una mujer. Y yo no digo que las mujeres sois un asco, sino todo lo contrario...

—¡Eres un cínico!

—No te exaltes y vamos. Piensa en que aún nos aguarda una encantadora luna de miel.

—Está bien, tú ganas. ¿Cuándo debemos salir?

—Rápidamente.

—De acuerdo.

Escurió Becky rápidamente la ropa mientras Glenn preparaba lo imprescindible para comer y beber.

Se disponían a salir, cuando llamaron a la puerta del departamento.

—¿Quién puede ser ahora? —preguntó Becky asustada.

—Llaman en imperativo. Yo diría que es la policía...

—¡Dios mío!

—Parece que se han dado prisa.

Llamaron con más fuerza que antes.

Glenn tomó a Becky de la mano y tiró de ella, llevándosela hacia la salida de emergencia, haciéndole ver que debía caminar con cautela.

Asomó cautamente y divisó las siluetas de dos hombres apostados abajo.

—No veo bien, pero yo aseguraría que nos esmeran.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó angustiada Becky.

Señaló para el maletín y dijo:

—Lo mejor es que nos entreguemos y digamos la verdad.

—Aún no es hora de decir la verdad, querida. ¿No conoces en ningún departamento próximo?

—Dos pisos más arriba está una amiga que se llama Pearl Coleman... Pero temo que la pobre está en un estado poco recomendable.

—¿Drogas?

—Sí.

—No importa por el momento. Vamos. Y más adelante la podremos ayudar.

Salieron a la escalera de emergencia después de apagar la luz, y actuaron con sigilo.

Glenn, que salió delante, hizo pasar luego a Becky, que comenzó

a trepar.

Se advertía que ella estaba asustada, y Glenn, para animarla, dijo en tonillo picaresco:

—Tienes unas preciosas piernas.

Ella comprendió, se animó y dijo:

—Celebro que te gusten.

Al llegar al piso siguiente hubieron de agacharse eludiendo una zona iluminada.

Llegaron a poco a la altura del departamento de Pearl Coleman.

—Es aquí —anunció Becky—. Espero que no te enamorarás de ella.

—Es imposible. Estoy enamorado de ti.

—Es lo que dices y yo estoy dispuesta a creerte. Necesito creerte si de verdad quiero salvarme, pero es que los hombres sois...

Antes de que ella dijese nada, interrumpió Glenn:

—¿Quieres decirme cómo sois las mujeres?

—Tienes razón. Perdona...

Becky miró por la ventana y comunicó a Glenn.

—Parece que esté dormida. Se le han caído unos papeles de las manos...

—Intentaremos abrir... ¿Crees que nos recibirá bien?

—A, mí me quiere bastante. Y viendo hombres jóvenes, ella se pone siempre la mar de contenta.

—¿Aunque ese hombre sea el prometido de otra mujer?

—Ella dice que un hombre que va con otra mujer, es un posible candidato. Asegura que un amor que dura seis meses es un amor eterno.

—Adelante...

Glenn abrió la ventana, que era de las de guillotina, manteniéndose apartado del cuadro de luz.

—Pasa tú primero...

Becky echó dentro el maletín y a continuación pasó ella. Una vez dentro pidió la cartera a Glenn, la cual colocó junto al maletín.

Sujetó Becky la hoja de la ventana y penetró Glenn en el departamento, volviendo a cerrar.

Observaron a Pearl, la cual parecía poseída por una pesadilla a juzgar por sus movimientos.

—Creo que haremos un bien despertándola —manifestó Becky.

Pearl se levantó de improviso y abrió los ojos, desorbitándolos casi, mirando con una impresionante fijeza.

En su rostro se reflejó un gesto de horror y abrió la boca para gritar.

—¡Por favor, Pearl, soy yo, Becky!

—¡Me queréis matar! ¡Asesinos!

Lo dijo en voz fuerte y se preparó para gritar más fuerte aún, iniciando la petición de auxilio:

—¡Soco...!

Glenn saltó ágilmente, como hubiese podido hacer un tigre y tapó la boca de Pearl con la palma de la mano.

—¿Es que se ha vuelto loca?

—¡No me ha conocido! ¡No es posible que me haya conocido! ¡Despierta, Pearl! —pidió Becky con angustiada expresión.

Pearl se debatió fuertemente. En un momento dado logró esquivar la mano de Glenn e iniciar otro grito:

—¡Soc...!

Glenn se empleó a fondo, sin miramiento, derrabando a Pearl en un diván y atenazándola fuertemente. Se dirigió a Becky, que les contemplaba asustada:

—¡Vamos a tener que atarla y amortajarla! Prepara algo, una toalla, un pañuelo...

Pearl, bastante menos vigorosa que Glenn, debilitada por el uso de las drogas, había cesado a poco su resistencia, mientras que a su piel afloraba el sudor. Jadeó primero, suspiró después y preguntó luego—: ¿Qué suceda? ¡Dejadme, dejadme ya! ¡Me están haciendo daño!

Glenn advirtió algo extraño en Pearl. Su voz, pese a su debilidad y su cansancio, daba una sensación de normalidad que antes no tenía.

La mirada de Pearl pasó de Glenn a su acompañante. Y la ocupante del departamento, tras reflejar en su rostro un gesto de extrañeza, exclamó:

—¡Becky! ¿Qué sucede? ¿Cuándo has venido? Glenn preguntó:

—¿No va a gritar, señorita Coleman?

—No voy a gritar...

Tras una breve pausa, dijo:

—Usted es Glenn Tucker...

—El mismo. La voy a soltar...

Glenn hizo lo que había anunciado.

Pearl se sentó en el mismo diván, se pasó las manos por los ojos y luego se dio masaje con suavidad en la nuca.

—¿Qué sucede, Becky? Estaba leyendo tranquilamente el guion de la próxima película en que debo intervenir... Y de pronto...

—Hemos entrado por la ventana, tienes que perdonarnos. Dormías y tu sueño era bastante agitado...

—No he dormido...

La ocupante del piso miró maquinalmente su reloj y dio un leve grito, diciendo a continuación:

—Pues sí he dormido. Sin embargo, no recuerdo...

—¿Ha dormido mucho rato? —preguntó Glenn. Pearl volvió a consultar su reloj y respondió:

—Tal vez más de media hora...

—No pretendo inmiscuirme en sus asuntos, señorita Coleman, pero voy a permitirme hacerle una pregunta. ¿Recibió alguna visita antes de dormirse?

Pearl rebulló inquieta, sus mejillas se colorearon y respondió, aunque dando la impresión de inseguridad:

—No me ha visitado nadie...

—Bien, perdone. No he pretendido molestarla...

Glenn informó a continuación:

—Hemos abusado de la amistad de Becky con usted, señorita Coleman. Y ahora tenemos que irnos. Nos persigue la policía...

Pearl desorbitó la mirada y pareció a punto de desmayarse. Preguntó con un hilo de voz:

—¿La policía? ¿Estás metido otra vez en líos...? ¡Oh!

—No se preocupe. No hay nada de drogas por medio. Nos vamos a ir antes de que se les ocurra subir aquí...

—¿Y por dónde van a salir?

—Saldremos a la azotea y de allí pasaremos al edificio inmediato. Hay una ligera diferencia de altura, pero confío en que la podremos salvar —respondió Becky.

Glenn tendió su mano a Pearl.

—Disculpe el susto que le hemos dado. Le aseguro que no hemos hecho nada malo. Tendré mucho gusto en volverla a ver en mejores circunstancias.

Se inclinó el joven saludando y sonriendo graciosamente.

Pearl dio la impresión de que se sentía enternecida, sonrió también y tendió su mano a Glenn.

—Les deseo mucha suerte.

Se puso en pie para despedir a Becky, a la cual besó y abrazó.

Al hacerlo procuró poner de relieve las sugerentes curvas de su cuerpo y con gracioso disimulo dejó que se abriese la bata que vestía, dejando ver una de sus bonitas piernas hasta más de medio muslo.

Luego volvió a estrechar la mano de Glenn, al cual sonrió prometedoramente.

La joven pareja salió del departamento, dirigiéndose hacia

arriba sin usar el ascensor.

Pearl permaneció en la puerta y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron de su vista.

La puertecilla que daba a la azotea estaba asegurada por dentro por un cerrojo y no hubo complicación para abrirla, dejándola luego sujeta con un papel doblado que permitió que quedase encajada.

Glenn hizo descolgar a Becky, pues la diferencia de nivel era de más de dos metros, y a continuación saltó él con relativa facilidad.

Después del salto intentó abrazarla, pero ella se le escurrió, diciendo con enojo:

—¿Por qué no aguardas a tener el gusto de volver a ver a Pearl? A ella le resultará agradable.

Glenn fingió no comprender el sentido de las palabras de Becky y respondió:

—No lo creas. Estoy seguro de que no le resultará nada agradable. Sin embargo, le será beneficioso, si es que estima en algo su futuro.

—No creo que lo estime demasiado...

—Tal vez cambie de opinión cuando choque conmigo.

—¿Qué quieres decir con eso? Te hablé en un sentido y tú hablas en otro.

—Es natural. En ti han hablado los celos. En mí ha hablado algo de más valor. ¿Sabes por qué nos vemos aquí? ¿En una situación que no tiene nada de agradable?

—Sí. Porque han asesinado a Wilding y tú no has querido decir la verdad a la policía.

—Ese es un horizonte muy estrecho. Estamos aquí porque hay unos granujas que comercian con estupefacientes haciendo una terrible cantidad de víctimas entre gente joven. Y yo estoy dispuesto a aplastarlos. Y ahora, vamos.

La tomó de la mano y atravesaron una parte de azotea hasta llegar a la entrada de la escalera.

Estaba cerrada por la otra parte y Glenn hubo de romper un ventanillo por el que luego pasó, no sin grandes dificultades.

Seguidamente abrió la puerta desde dentro y Becky volvió a reunirse con él.

La sugestiva joven estaba avergonzada; y le dijo:

—Tienes que perdonarme. No he estado muy feliz en lo que se refiere a Pearl...

—Olvidalo. No tiene importancia...

—Estoy loca, Glenn... No será una locura peligrosa por ahora,

pero estoy loca. Y tú lo sabes y por eso tratas de distraerme...

—Nada de loca. Estás muy rica, eso es todo. Y a veces estás tonta. Otra chica aprovecharía la ocasión para abusar de mí. Estamos solos, Becky. ¿En qué estás pensando?

En aquella ocasión Becky no esquivó el abrazo de Glenn, que la estrechó fuertemente contra su cuerpo y la besó de manera apasionada.

Descendieron a pie dos plantas y luego tomaron ya el ascensor, tal que si hubiesen salido de un departamento de la casa.

Una vez en la calle descubrieron dos autos policiales que se hallaban ante la entrada del edificio en donde residía Becky.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada de alegre complicidad y se alejaron en sentido contrario.

CAPÍTULO VI

Glenn, que había comprado unas cosas en el camino para completar lo que llevaban, terminó de preparar la cena en el momento en que se le reunía Becky.

—Ya está tendido tu traje.

—Magnífico. ¿Crees que habrá quedado bien?

—No ha quedado ni rastro de sangre. En todo caso, una vez seco, se comprobará, y si queda algún rastro, lo tintaré.

—Serás una esposa inestimable, Becky. ¿Cenamos?

—Cenemos.

Echó un vistazo de persona conocedora a lo que Glenn había preparado y dijo a su vez:

—¡Serás un marido inestimable!

—He de confesarte una cosa.

—¿De qué se trata?

—No sé fregar platos, ni pienso aprender.

—¿Y coserte botones?

—Tampoco.

—Desde ahora me gustas mucho más. Yo sí sé lavar platos y coser botones.

Se sentaron a la mesa.

Becky, con cierta timidez, preguntó:

—¿Vamos a pasar la noche aquí?

—No lo sé aún. Tenemos que conversar. Y he de pensar.

—¿No has pensado bastante?

—No me han dejado aún. Además, cuando tengo hambre no soy capaz de pensar, y tenía un hambre terrible.

—Hay gente que piensa mucho cuando tiene hambre.

—De acuerdo. Pero nada de lo que piensa es agradable ni bueno.

—De acuerdo también...

Permanecieron silenciosos durante la primera parte de la cena respetando Becky el silencio de Glenn.

Este, dijo al fin:

—¿Qué observaste de anormal en Pearl?

—No lo sé exactamente. Desde que salí de la clínica he observado que todo en Pearl es anormal. ¿A qué te refieres concretamente?

—Ella dormía, pero su sueño no era normal. Su voz, cuando

intentó gritar, cuando nos acusó, era bien diferente de la que empleó cuando se tranquilizó...

Becky respondió pensativa:

—Tienes razón. A mí me dio la impresión de que era una sonámbula.

El rostro de Glenn reflejó viva alegría al responder:

—¡Perfectamente! Con la diferencia de que el caso de Pearl no era de tipo espontáneo, sino que obedecía órdenes.

Becky mostró extrañeza.

—¿Qué quieres decir con eso de que obedecía órdenes? —preguntó intrigada.

—Que el caso de Pearl no era un caso de sonambulismo propiamente dicho. Estaba hipnotizada.

Becky dio un respingo. Y preguntó seguidamente:

—¿Crees que Pearl se ha podido prestar a tal cosa? Ella, aparte el uso de las drogas, no deja de ser una buena muchacha.

—No lo dudo, puesto que tú lo aseguras; pero ten en cuenta que una persona que se aficiona a las drogas, cuando estas le faltan, es capaz de todo con tal de lograrlas —afirmó Glenn.

La joven se sonrojó y respondió rápida, con absoluta seguridad:

—Conozco bien a Pearl, sus virtudes y sus defectos. Y estoy segura de que ella no ha llegado a eso.

—No estés tan segura. Has estado fuera bastante tiempo...

—No lo puedo creer... Ya la viste cuando estuvo normal...

Tragó saliva, respiró fuerte y siguió diciendo:

—Nos ayudó... Y por otra parte, ya sabes que si una persona se resiste a ser hipnotizada, el hipnotizador fracasa indefectiblemente.

—En condiciones normales es así. Pero aquí no se dan esas condiciones de normalidad...

—¿Qué quieres significar?

—Si la persona elegida para ser hipnotizada ignora los propósitos del hipnotizador, puede ser engañada...

—¿Lo crees posible?

—Conozco ya más de un caso. El hipnotizador ha de tener un gran ascendiente sobre la persona elegida, ha de saber crear unas condiciones ambientales favorables al experimento... Y el sujeto al cual se somete debe ser una persona cuyos nervios estén debilitados por alguna causa: enfermedad, abuso de drogas estupefacientes...

Becky tragó saliva y dijo luego:

—¡Sería terrible! Entonces, yo misma...

Como si no la hubiese oído, Glenn terminó, diciendo:

—En ese caso la cosa resultaría fácil.

Había hablado Glenn lentamente, dando a cada palabra su valor exacto, mirando fijamente a Becky.

Esta lo contempló con admiración, asombro y miedo a la vez.

Luego preguntó:

—¿Fue por eso por lo que le preguntaste si había estado allí alguien antes de dormirse?

—Sí. Aún no tenía la cosa clara en mi cerebro. Pero actuó en mí el instinto...

—¡Es increíble! Es difícil engañarte.

—Eso me halaga, pero no creas que es tan difícil. Sin embargo, en este caso se están produciendo ya demasiadas coincidencias... Por otra parte, percibí en la habitación en donde estaba Pearl un olor extraño a ella, y correspondía a un hombre.

—¡Tienes olfato de perro...!

—Yo no diría tanto...

—¡Pearl hipnotizada! ¡Es asombroso! ¿Con qué fin? La hipnotizaron media hora antes de que llegásemos nosotros. Ignorábamos que podíamos necesitarla.

—Nosotros, sí. Pero el individuo que nos acosa, que nos iba acorralando, podía prevenir el caso. Y él tenía un decidido empeño en que nos pillase la policía sin él figurar en nada.

Becky se pasó una mano por la frente y dijo luego lentamente:

—Creo que te entiendo... Es un enemigo de cuidado.

—Exactamente.

—¿A qué coincidencias te referías antes? —preguntó Becky.

—Según me dijiste antes, el individuo que te recibió en casa de Wilding se comportaba de una manera extraña...

—Sí, muy extraña —admitió Becky.

—Dijiste que se movía como un autómata. Y también que hablaba como un sonámbulo...

—¡Cierto! ¡Era así y recuerdo bien que te lo dije! ¿Crees que podía estar hipnotizado?

—Seguramente lo estaba...

—Tienes razón. Yo diría que me miraba y no me veía...

—Exactamente...

—Ni siquiera atendía a mis palabras. Hacía lo que le habían ordenado, de manera casi automática...

Tras una corta pausa, siguió diciendo Glenn:

—Tú misma llegaste allí, te sentaste en el sillón, tenías ante ti un espejo, había muy poca luz, el tocadiscos dejaba oír una música suave, propicia para el sueño...

—Sí, eso mismo te dije...

—Aunque curada, estás débil aún. ¿Crees que resultaría difícil hipnotizarte en aquellas condiciones?

Becky se sintió sacudida por un escalofrío y respondió:

—Es posible que no...

—Te dormiste y ordenaron tu sueño. Viste lo que quisieron que vieras y te despertaron en el momento preciso: cuando yo llegué a la casa. Gritaste entre sueños... No sé hasta qué punto tu hipnotizador tomaría parte en tu despertar.

—¿Crees que estaba allí?

—Sí. Fue él quien asesinó a Wilding...

Siguió otra pausa. Glenn dejó que Becky fuese asimilando lo que le iba descubriendo.

Luego le preguntó:

—¿Recuerdas el sueño?

—¿A qué sueño te refieres?

—Me viste matar a Wilding...

Becky se sintió sorprendida. Luego movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Sucedo algo extraño. Sé que lo vi, pero no podría reconstruirlo en mi imaginación...

Glenn sonrió y dijo:

—No estoy muy fuerte en hipnotismo; pero parece que los hipnotizados olvidan lo que han realizado durante su sueño... En ti vive lo que hemos hablado luego, una vez has estado despierta...

—¡Es verdaderamente horroroso! El hombre que hace esas cosas es un monstruo.

—Tú misma lo has dicho. Estamos ante un verdadero monstruo que se vale como cómplices de seres que se hallan en momentos en que no son responsables de sus actos.

—¿Y si me hubiese mandado matarte, te hubiese matado yo?

Glenn afirmó con la cabeza, diciendo luego:

—Al menos, lo hubieses intentado.

—¿Y por qué no te ha hecho matar por medio de alguno de nosotros? El hombre que me recibió en casa de Wilding hubiese podido disparar contra nosotros desde el automóvil.

—Pero a ti no te quieren matar...

—Pudieron disparar contra ti en casa del propio Wilding... Te podían esperar en la oscuridad cuando yo grité para atraerte...

—Es cierto y he pensado en eso... Y he resuelto que no se contenta con matarme. Quiere que mi muerte sea infamante, en la cámara de gas. Y que tú me desprecies...

—¿Es eso lo que te hace pensar que debe ser alguien que está

enamorado de mí?

—Sí. Los asesinos siempre tienen que dejar algún cabo suelto...

—Por ahora no ha dejado ninguno...

—¿Te parece poco cabo suelto el que conozcamos los móviles de su actuación?

—Tienes razón...

—Eso reduce el número de sospechosos al de tus adoradores...

—No voy a tener más remedio que admitir eso...

—Y el hecho de que sea capaz de hipnotizar a sus involuntarios cómplices, reduce aún más el número de sospechosos. No todo el mundo es capaz de hipnotizar.

—También eso es cierto...

Becky añadió aún:

—Si ese fulano supiera hasta dónde has llegado en tus conclusiones, estoy seguro de que te haría matar inmediatamente. No aguardaría a que lo hiciese la cámara de gas.

—Has pensado lo mismo que yo. Después de su fracaso en el asunto de Wilding, intentará matarme como sea...

—Si estás convencido de que ha fracasado ya en lo de Wilding, ¿por qué no te entregas a la policía?

—La policía no está convencida. Él sabe que está fracasado porque he esquivado los tres primeros golpes. Pero entregarme ahora sería darle la victoria cuando tiene perdida esa fase de la batalla.

Permanecieron silenciosos, cenando, aunque se advertía que, particularmente Becky, lo hacía un poco a la fuerza.

Becky preguntó finalmente:

—Antes me hablaste también de que los que nos persiguen son unos granujas que comercian con estupefacientes. ¿Lo has olvidado?

—No lo he olvidado. Y ese es un cabo suelto más, que necesariamente han tenido que dejar.

—Tiene que ser un cabo muy sutil, porque yo no lo he podido ver aún —manifestó Becky.

—Es muy sutil, Becky. Como el de una tela de araña; pero ahora lo verás.

Bebió Glenn y siguió diciendo:

—Este desgraciado asunto es continuación del que me llevó a prisión hace meses...

—A ti a prisión y a mí me hizo ver claro y me llevó a la clínica hasta que me he curado.

—Exactamente. Entonces fue Wilding quien dio la cara en la

batalla contra mí...

—Sí.

—Wilding, visto que yo iba a salir, tuvo miedo. Posiblemente estaba dispuesto a hablar para evitar que yo lo destrozase...

—Es la impresión que me dio —admitió Becky.

—Wilding, cuando me acusó la otra vez, tapó a los comerciantes de drogas. Yo tuve que aguantar algunas cosas para cubrirte a ti...

—Sí; y no sabes cuándo te lo agradezco.

—No se trata ahora de eso. Han matado a Wilding para que no pueda hablar. De paso, han intentado colgarme la muerte para terminar conmigo en la cámara de gas...

—Sí, es cierto...

—Entonces intentaron someterte a ti. Te libraste gracias a mí y decidieron hundirme sabiendo que yo callaría por salvarte a ti.

—Sí...

—Así, pues, queda claro que se trata de algún granuja de los que dirigen el comercio de estupefacientes.

—¿Y además de eso, está enamorado de mí? —preguntó Becky.

—Esa es mi idea...

—¿Y estando enamorado de mí, me proporciona la droga, es decir, trata de hundirme?

—Él quiere conseguirte y no repara en medios. Tú, en la normalidad de tu vida, lo habrías rechazado o estabas dispuesta a rechazarlo, y él lo sabía...

Hizo una pausa Glenn, prosiguiendo a poco:

—El confiaba en que la droga anulase tu voluntad; confiaba también en que, apartándote de mí, quedarías a su merced; la cosa le salió mal entonces, pero él no se resigna...

Becky, pensativa, respondió lentamente:

—No fue ningún hombre quien me inició en la droga.

—Esa gente no puede dar la cara. Él se presentará a ti más bien como un salvador... ¿Quién fue ella?

—Connie Turpin. Se suicidó poco después de ser tú preso. Tampoco nos podrá decir nada.

—No esperaba que nos dijese gran cosa... El fulano este sabe trabajar y va a resultar difícil desenmascararle.

Becky, tras pensar unos instantes, admitió:

—Creo de verdad que estás en el buen camino, Glenn.

El joven prosiguió diciendo:

—El hombre que te recibió en casa de Wilding estaba hipnotizado. Podía ser un hombre que se droga, seguramente lo es...

—No te diría lo contrario...

—Tú te drogas; Pearl se droga aún. Todos coincidís en un mismo fenómeno.

—Cierto, El fantasma de la droga está presente siempre.

—El fulano que me aguardaba en mi departamento con la porra de goma, era tan alto como yo y más recio, seguramente es más fuerte. Sin embargo, lo vencí con bastante facilidad. ¿Por qué?

—¿Crees que actuaba también bajo influencia hipnótica?

—Ahora, sí. Entonces advertí algo extraño en él, pero lo achaqué a que muchos de esos pandilleros asesinos están reclutados entre boxeadores sonados por los golpes, o anormales congénitos...

—Y el de la porra no era de esos...

—Seguramente que no. Era un sujeto bajo la influencia del hipnotismo. Una presa fácil por el mismo motivo que Pearl, que el otro fulano...

—Que yo misma —manifestó Becky.

—Lo tuyo es diferente. Estás curada ya... Te pillaron desprevenida. Ahora estás avisada y no será fácil que puedan hacer presa en ti nuevamente.

—¡Sería horroroso!

—Debes confiar en mí...

—Naturalmente que confío. ¿En quién confiaría, si no?

—Así, pues, tenemos frente a nosotros un enemigo sin conciencia, un verdadero monstruo, el cual tiene a su disposición una fuerte organización criminal...

—Y nosotros estamos solos y acosados por la policía. ¿Lo has pensado? —preguntó Becky.

—Lo he pensado. Pero no puedo confiarme aún a ella, aunque creo que no tardaré en poder hacerlo.

Becky pareció aliviada.

—Hay que pensar —siguió diciendo Glenn— que ese individuo dispone de unos cómplices cuya voluntad anula, que son irresponsables, que no le conocen... Y que como no le cuestan dinero y no lo pueden vender, no vacila en sacrificarlos...

—Eres fuerte y astuto, Glenn; pero es demasiado enemigo para ti... Yo, ni siquiera me cuento...

—Pues gracias a ti, he conseguido bastante... Y ahora vamos con la lista de tus adoradores fracasados...

Becky se sonrojó y dijo:

—Vas a pensar que soy una tonta creída...

—No pensaré tal cosa. Es natural que una mujer excepcional como tú, tenga muchos enamorados. Y no quiero que falte uno solo. Prefiero que te excedas anotando nombres, a que dejes uno fuera.

Ese uno puede ser el nuestro, ¿comprendes?

—Comprendo... Puedes comenzar contigo... —bromeó Becky.

—Yo no sirvo. No he fracasado. Además, fuiste tú la que te fijaste en mí...

Becky se esforzó en recordar, y fue dando nombres. La mayoría eran conocidos también por Glenn. A los que Glenn no conocía, daba Becky una descripción de ellos.

—Hay de todo aquí, hasta “gangsters” —comentó el joven.

—Es un interesante revoltijo —admitió ella.

—El que sea, nos conoce bien a los dos. Y tiene que haber sido amigo o por lo menos, conocido de Wilding —arguyó Glenn.

—Sí...

—Y tener una fuerte personalidad aparte de cierta cultura. Veamos...

Repasó Glenn una y otra vez la lista, en la que figuraban quince nombres, y de acuerdo con Becky fue eliminando hasta nueve.

—Nos quedan seis —anunció Glenn.

—Sí. Aumentan nuestras probabilidades de descubrirlo antes de que nos asesine —bromeó Becky.

—Celebro que lo tomes con esa filosofía.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Además, a tu lado me siento segura. ¡No me dejes sola, Glenn!

—No te dejo sola...

—¿Nos quedamos aquí?

—Yo voy a salir, pero regresaré dentro de un par de horas...

—No pienses que me voy a quedar sola aquí. Iré a dónde tú vayas.

Glenn temió que los nervios de Becky podían estallar si la dejaba sola y respondió:

—Está bien. Iremos juntos. Pero aquí estarías más segura.

—Si mueres tú, quiero morir a tu lado.

—No se trata de morir, Becky, sino de sobrevivir... Si piensas en que podemos morir, es como llamar a la parca. Y yo no quiero ni su saludo. ¡Me es antipática!

Glen repasó en voz alta la lista de los seis que quedaban:

—Bob Babcock, millonario excéntrico; Steve Miller, productor cinematográfico sin gran fortuna; Bruce Havelok, negociante con fortuna y con sus ribetes de chantajista; Charles Riley, deportista, vago y millonario; Reginald Horton, médico alienista. Ha curado algunos de sus pacientes haciendo uso del hipnotismo... ¡Diablos! Pero no quiero tener prejuicios contra ninguno... Nos queda Leslie Mims, “gangster”... Tiene personalidad y es bastante duro.

—Ha puesto bastante empeño en casarse conmigo —informó Becky—. Y no ha vacilado en decirme que te odia y que está dispuesto a matarte con sus propias manos...

—Es un tipo con agallas, no hay duda —contestó Glenn—. Y va a ser al primero que veré...

Becky, asustada, cerró los ojos. Y preguntó:

—¿Es preciso que lo veas?

—Tenemos que ir eliminando gente. Y quisiera eliminarlo a él antes de que él se decida a eliminarme a mí —respondió Glenn haciendo el apabullante juego de palabras a que la situación se presentaba.

CAPÍTULO VII

Glenn se aseguró de que el automóvil funcionaba, perfectamente, de que las ruedas estaban en perfectas condiciones y pagó el precio convenido.

—Se lleva una verdadera ganga, se lo aseguro —dijo el vendedor de coches usados—. No lleva rodando más que un año. Y no ha cubierto demasiadas millas, puede verlo...

—Ya lo he visto. Y sin querer decir que este cuenta-millas ha sido tocado, sé perfectamente cómo se puede hacer retroceder un contador de estos. Buenas noches...

—Buenas noches y suerte —respondió el vendedor, el cual, una vez Glenn se hubo alejado con su adquisición, se dirigió al teléfono y marcó un número.

Poco después informaba:

—Estoy seguro de que era Glenn Tucker. Le acompañaba una chica estupenda. También he visto una película en que actuaba ella. Y hace meses ella tenía un programa en la televisión con el mismo Tucker... Se ha llevado un "Studebaker" color verde oscuro, matrícula...

Mientras el vendedor de coches usados proseguía su informe, Becky hablaba a Glenn:

—¿No tienes tú un coche?

—Tengo dos; pero son demasiado conocidos y tengo que evitarme riesgos y evitártelos a ti.

—Has gastado un montón de dólares que no recobrarás...

—Ya lo sé. Este coche no es ninguna ganga, pero es potente, es lo que necesito en este momento.

Becky ahogó un suspiro.

Glenn sonrió y dijo:

—Ya estás preocupada por mi dinero. Estoy seguro de que harás una buena administradora.

—Intentaré serlo y no permitiré que tires el dinero. Antes yo no conocía bien su valor; pero ahora sí lo conozco...

—Este coche lo tendré vendido por la mitad de lo que he pagado cuando quiera. Y la otra mitad creo que se la arrancaré de la piel a nuestro enemigo... He perdido más dinero que este en los seis meses que he estado encerrado.

Se acercaron a un surtidor de gasolina.

—Llene los tanques. Ponga también aceite y agua. Estaba en dique seco y necesita de todo —bromeó el joven.

Apenas se hubieron alejado, el hombre que les había atendido se encaminó también al teléfono y comunicó:

—Sí, termina de salir de aquí. Le he puesto de todo... No he podido tocar nada porque el fulano no me quitaba el ojo de encima. Se ha dirigido hacia la carretera veintiuna. Va con él una chica estupenda...

En tanto, Becky preguntaba a Glenn:

—¿Crees que te será fácil hablar con Mims?

—Estará en “Los Trece”. Y no creo que rehúya conversar un rato conmigo después de lo que ha fanfarroneado...

—¡Tengo mucho miedo!

—Y yo también, querida. Es muy humano tener miedo. Sin embargo, espero conseguir dominarlo...

—¿Y tendrás que ver a esos seis fulanos, uno por uno?

—Confío un poco en mi instinto y mi suerte. Y tal vez con ver a dos o tres de ellos, demos con nuestro hombre.

—Yo hubiese comenzado con Reginald Horton, el médico siquiatra.

—Lo tendré en cuenta, y a menos que nuestro encuentro con Mims resulte decepcionante y no conduzca a ningún sitio, él será nuestro segundo hombre.

—De acuerdo —admitió Becky.

—Iremos en orden inverso a como los nombré antes; es decir: Mims, Horton, Riley...

—¿Por qué Riley en tercer lugar? No es más que un vago inofensivo, con mucha pose, pero carente de personalidad...

—Pero me aborreció siempre y ha fingido una amistad que no siente por mí. Es de los que nos conocen bien a ambos y yo lo tengo muy cerca...

—Perderás el tiempo con él...

—Ya lo veremos. Después veremos a Bruce Havelok...

—A ese sucio chantajista yo lo vería antes que a Riley...

—Discutiremos eso, querida...

Marchaban a más de sesenta millas por la magnífica pista.

Se acercaban a un lugar a dónde confluían dos carreteras más, de menos importancia, y Glenn dedicó su máxima atención al volante y a lo que tenía frente a sí.

De improviso, a una velocidad superior a las ochenta millas, salió un potente “Chrysler” por una de las carreteras confluyentes.

Advirtió Glenn su presencia por el retrovisor, aunque su

intuición le había avisado su presencia instantes antes.

El “Chrysler” salía ligeramente rezagado con relación al “Studebaker” de Glenn y atacó como una flecha por el costado derecho de este, dispuesto a volcarlo.

Glenn intuyó también el ataque y, rápido de reflejos, maniobró casi a la desesperada, metiendo el acelerador a fondo a la vez que hacia girar el coche de modo brusco e impresionante a la vez, de forana que quedó en dirección contraria a la que había llevado.

Chirriaron las ruedas sobre la superficie de la pista, crujieron los metales de manera alarmante, y todo el “Studebaker” se estremeció dando la impresión por unos momentos de que no iba a poder resistir la violenta maniobra.

Quedó burlado el “Chrysler” en el primer momento, siguiendo el coche de Glenn una dirección casi contraria a la que había llevado.

Glenn, después de alejar el “Studebaker” unas yardas, lo hizo girar otra vez, aunque no de manera tan violenta.

Las ruedas desprendieron humo a la ruda fricción con la pista y Glenn sintió que el auto estaba pagado ya con creces.

Los del “Chrysler”, al verse burlados, frenaron casi en media yarda de terreno, dejando el vehículo materialmente clavado.

El conductor no osó intentar una maniobra semejante a la que por dos veces consecutivas había realizado Glenn, y giró con menos celeridad que él.

Se encontraron entonces los ocupantes del “Chrysler” con la desagradable sorpresa de que el “Studebaker” lejos de rehuir el encuentro, atacaba de frente, dispuesto a abordarles.

Glenn advirtió a la joven:

—¡Atérrate bien! ¡Vamos a darles lo que se merecen!

—¿Es que te has vuelto loco? —gritó Becky.

Glenn había visto las armas de los ocupantes del “Chrysler” y decidió que no debía darles tiempo ni ocasión para emplearlas.

Pisó nuevamente el acelerador a fondo.

Los del “Chrysler” abrieron las portezuelas y levantaron sus armas no sabiendo si disparar o lanzarse a tierra antes de que el vehículo fuese abordado.

Por su parte el chofer realizó una falsa maniobra tratando de evitar el abordaje del “Studebaker”, que se había situado en posición favorable.

Giró el “Chrysler” que casi se levantó de uno de los lados y en aquel momento hizo embestir Glenn a su “Studebaker”, haciéndolo con ventaja.

Se produjo un crujido de metales que se abollaban o se

retorcían, de cristales que estallaban despedazándose en fragmentos casi invisibles, se unió al estrépito el griterío de sus ocupantes y el “Chrysler” volcó de manera aparatosa.

Glenn completó su hábil maniobra saliendo su “Studebaker” del encuentro con el mínimo de daño.

El “Chrysler”, en tanto, tras dar vuelta y media, quedó con las ruedas al aire, produjo seguidamente una fuerte llamarada y a continuación se estremeció a causa de una explosión.

Siguieron a la explosión varios gritos de horror y un hombre, con un arma en la mano aún, salió por una de las ventanillas, que habían quedado sin cristal.

Salió gateando, ardiendo parte de sus ropas, cuyas llamas, al salir del vehículo, tomaron incremento.

Gritó el hombre desesperadamente, arrojándose al suelo en el cual se revolcó sin cesar de gritar.

Glenn dejó su puesto al volante después de detener el coche, diciendo a Becky:

—No te muevas de aquí...

Corrió hasta el hombre, lo arrojó fuera de la pista y se echó sobre él, echándole tierra al propio tiempo hasta que logró apagar las ropas.

El hombre se revolcó en el suelo y trató de empuñar la pistola que se había visto obligado a soltar.

Recibió en la mano un furioso golpe que le asestó Glenn.

—¡Quieto, granuja! Parece que no estás tan mal como quieres hacer suponer...

Le bastó al joven un vistazo para darse cuenta de que las quemaduras que había recibido el granuja no eran graves.

—¿Y tus compañeros?

—Muertos, están muertos todos...

En el interior del coche no se oía más ruido que el de las llamas que lo iban consumiendo todo.

—¿Cuántos erais?

—Otros dos, el chófer y yo.

—¡Malditos cobardes!

Glenn se había apoderado de la pistola y a continuación se aseguró de que el granuja no llevaba otra arma.

Llegó entonces hasta lo más cerca que pudo del vehículo en llamas y comprobó que los otros tres fulanos tenían que haber muerto.

Volvió junto al superviviente, al cual comunicó:

—Voy a avisar a la policía, que hagan venir una ambulancia y

que se encarguen de ti.

—Si haces eso, te pesará...

—¿Me pesará, granuja?

Fintó Glenn con la izquierda que tenía libre y luego atacó con la derecha, golpeando al granuja con la pistola en los músculos del cuello, por debajo de la oreja.

El hombre cayó fuera de combate y Glenn se apresuró a amarrarle las manos a la espalda.

Echó luego un vistazo a su “Studebaker”, que había recibido bastante daño en el encuentro, pero que estaba aún en condiciones de marchar.

Se colocó al volante y llevó el vehículo hasta donde yacía el pistolero.

Se dirigió Glenn a Becky:

—Pasa detrás y cuida del fulano por si despierta. Lo colocaré aquí a mi lado...

Salió Becky para ocupar el lugar que Glenn le había señalado y este colocó al pistolero a su lado.

Instantes después tomaba por una de las carreteras secundarias y se dirigía a la gasolinera.

El empleado de la misma acudió a servirle, reconociendo al automóvil y a Glenn cuando ya este se hallaba a su lado encañonándole con la pistola.

El empleado se apresuró a exclamar:

—¡Usted se ha equivocado conmigo!

—No me he equivocado. Escupe todo lo que sepas o, lo mismo que me he cargado ya a tres, termino contigo. Nadie sabrá luego que he sido yo; y aunque lo sepan, una vez muerto eso no te podría servir de consuelo.

El empleado dirigió una aprensiva mirada al pistolero, que continuaba desvanecido.

—Él no podrá decir nada —manifestó Glenn—. Y tú tampoco podrás decir nada dentro de un rato si no respondes.

Glenn se mostraba fríamente irónico. El empleado volvió a mirar al pistolero y luego a Glenn. Vio algo en la mirada de este y se decidió a responder:

—Me ordenaron que cuando viniese el “Studebaker” este por aquí, llamase a “Los Trece”.

—¿A quién llamaste?

—Me ordenaron que preguntase por Quimby.

—¿Quién te lo ordenó?

El de la gasolinera se encogió de hombros y respondió:

—No sé... Tal vez fue el mismo Quimby. La cosa viene del jefe.

—Ahora cuando me largue, vuelve a telefonear. Y entonces, si no te matan ellos, lo haré yo, ¿entendido?

—Sí.

El hombre tragó saliva y dijo:

—Uno está vendido aquí. Debe comprenderme...

—Por eso no me meto contigo; pero ya sabes lo que hay. Así, pues, ¿te dieron las señas del coche?

—Sí. Me dijeron que iba usted con una chica imponente.

—Está bien. Antes de soltar una palabra, cuenta hasta cien, piénsalo bien luego, vuelve a contar... ¡Y cósete la boca o te coseré yo a balazos! Y no se te ocurra decir nada tampoco a la policía. No me has visto...

—Está bien...

Minutos después se presentaba Glenn en el amplio solar en donde había comprado el coche.

El vendedor no imaginó lo que sucedía y salió al encuentro de Glenn señalando para las abolladuras del “Studebaker”. Y preguntó:

—¿No hubo suerte a lo que parece?

Entrevéa un nuevo negocio, pero Glenn no tardó en sacarle de su error, al responderle:

—Es usted quien no ha tenido suerte. Y no se mueva porque le abriré unos grifos en la barriga.

El vendedor sintió que se le formaba un nudo en la garganta, respiró hondo, aunque de manera entrecortada y preguntó al fin:

—¿Qué pasa...?

Glenn descendió del automóvil sin perder la cara al vendedor, al cual no dejó de amenazar con la pistola.

—¿A quién avisaste que había adquirido el “Studebaker”?

—¡No sé nada de eso, míster!

Glenn, según estaba encañonando al hombre con la pistola, desplazó su mano izquierda y golpeó con ella de revés en la boca del otro.

Se tambaleó el hombre, cuyos labios comenzaron a manar sangre.

—Escupe lo que sepas y será mejor para ti y para tu “jefe”. Y también para ese que traigo ahí. ¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Qué te parece si lo entrego a la policía?

—Allá usted. Le echarán el guante a usted también.

—No, amiguito, nada de eso. Les dejaré a este fulano en un lugar donde lo puedan trincar. Y les daré una nota en la que se hará

constar lo sucedido...

Hizo Glenn una pausa para dar ocasión al otro a pensar, y preguntó luego:

—¿Sabes que hay ya tres muertos, sin contar a Wilding? Y yo tengo pruebas de que no maté a Wilding. A los otros tres sí los maté en defensa propia...

—No sé de qué me habla debe creermelo...

—No seas idiota. Te irá mal si te echo a la policía encima. Y es lo que haré. Será mejor que nos arreglemos entre nosotros. El “jefe” no sabrá nada por mí...

El vendedor reflejó pánico a la vez que respondía:

—¿De verdad que no puedo decir nada!

—¿Estás seguro?

—Sí...

En aquella ocasión desplazó Glenn su pie derecho, que golpeó en la mitad inferior de la pierna izquierda del vendedor, el cual aulló de dolor, se encogió, recogiendo la pierna, y dio unos ridículos saltos.

De improviso atacó dejándose caer de espaldas, golpeando con uno de los pies en la mano armada de Glenn.

La pistola salió por el aire; y Glenn se movió de manera instintiva para recogerla antes de que cayese en tierra. Y el vendedor le alcanzó entonces con un violento puntapié en el bajo vientre.

Salló Glenn disparado hacia atrás, percibiendo un agudo dolor en la parte golpeada.

Becky, al verlo en peligro, abrió la portezuela y se dispuso a saltar para intervenir en la lucha.

En tanto el vendedor había saltado a su vez para apoderarse de la pistola que había caído a un lado.

Glenn, dominando el intenso dolor que sentía, dio una voltereta, alargó una de las piernas y zancadilleó a su enemigo que se fue de bruces de manera violenta, saltando muy a su pesar por encima de la pistola.

Al terminar de dar la voltereta, Glenn había logrado ponerse en pie para saltar a continuación, cayendo con ambos pies sobre la espalda del vendedor, descargando su peso a la altura de los riñones del otro.

Aulló el granuja, que comenzaba a levantarse, y volvió a caer.

Glenn le asestó entonces un puntapié a uno de los costados y cuando el otro se revolvió tratando de atraparlo por una pierna, le golpeó en la boca, obligándole a dar otra voltereta.

Aquello permitió al joven apoderarse nuevamente de la pistola, con la cual volvió a encañonar a su enemigo.

—¡Vamos, habla! Di a quién has avisado...

El granuja comprendió que terminaría por tener que responder y dijo al fin:

—A un tal Quimby, al “Club Los trece”.

—¿Quimby es el jefe?

—No sé nada. No lo conozco siquiera. Puede creermelo...

—Has oído hablar de Leslie Mims, ¿verdad?

El hombre afirmó con un movimiento de cabeza.

—Pues ese es tu jefe. A la policía le regocijará bastante saberlo. Y Mims se divertirá bastante al saber que ha sido descubierto por tu parte...

—¡No haga eso! ¡Me matarán!

—No mereces otra cosa, perro...

—¡Yo, yo...!

Calló sin saber qué decir. Al fin exclamó:

—¡Lo obligan a uno! ¡Estoy vendido en un sitio como este!

—Voy a creerte y ya te las arreglarás como puedas. Antes me robaste la mitad del dinero que te di por el coche. Me lo devolverás ahora, me llevaré otro coche semejante y te dejo este aquí. Y te dejaré también a tu compinche.

El hombre aceptó con un movimiento de cabeza.

—Mims te agradecerá bastante que hayas sabido arreglar la cuestión sin que intervenga la policía.

—Sí...

—Pues nada más...

Glenn había visto anteriormente otro “Studebaker” del mismo modelo del que se había llevado, y tan bien conservado como aquel, y se decidió por él.

El hombre exclamó:

—¡Esto va a ser mi ruina!

—Mims te ayudará, no te preocupes. Ahora, venga mi dinero...

El hombre tuvo que devolver la mitad del dinero que había recibido.

En aquella ocasión fue Becky la que puso el automóvil en marcha.

Glenn dejó al pistolero herido, y cuando el “Studebaker” arrancó, el joven se mantuvo apuntando al granuja desde la ventanilla.

Al fin los perdió de vista. Entonces guardó la pistola y tomó el volante, diciendo a Becky:

—Pasa a este lado, querida.

—¿Parece que nuestro hombre es Mims? —preguntó ella.

—No estoy muy seguro de ello; pero supongo que no tendrá inconveniente en decírnoslo él mismo.

CAPÍTULO VIII

Cuando Glenn volvió a la gasolinera, salió a recibirle el mismo hombre que le había servido anteriormente.

—Vuelve a llenar. Será inútil que te recomiende cuidado.

—Sí, míster.

—¿Ha estado la policía por aquí?

—Hace rato. No preguntaron demasiado...

Una vez estuvo servido, pago Glenn. Luego pidió:

—Acompáñame. Voy a hacer uso del teléfono.

—Sí, míster...

Glenn se dirigió a Becky:

—Vigila. Si ves algo anormal, avisa enseguida.

—Puedes irte tranquilo. No creí que pudiera servir para una cosa como esta. Estoy pasando miedo, pero al mismo tiempo, me divierte...

—Resulta más emocionante que hacer cine. Porque ahora va de verdad...

Penetraron juntos en el pequeño despacho. El empleado de la gasolinera tuvo que marcar el número telefónico del "Club Los Trece".

Luego alargó el microauricular a Tucker, quien, tan pronto escuchó que alguien se ponía a la escucha a la otra parte, pidió:

—Que se ponga Quimby...

Siguió un breve lapso de silencio y al fin se escuchó otra voz, que dijo:

—Yo soy Quimby.

—Y yo soy Glenn Tucker, el fulano del "Studebaker" verde.

Se oyó una especie de ininteligible sonido gutural, un leve ruido, un cuchicheo y al fin llegó por el hilo otra voz, diciendo:

—Repíte eso, muchacho.

—La muerte os saluda, Mims...

—Gracias. Eso sucede todos los días. Unas veces les toca a unos, otras veces a otros...

—En esta ocasión les tocó a tus muchachos. Tres de ellos quedaron en la carretera veintiuno, en la doble confluencia. Al otro lo dejé, herido, al mismo fulano que me vendió el "Studebaker".

—Está bien. ¿Algo más?

—Nada más por el momento. Supongo, que no recurrirás a la

policía.

—Puedes estar seguro de que no... me gusta arreglar las cosas a mi manera.

—A mí también, Mims. Y ya sabes lo que quiero decir. Has hecho mal en mezclarte en esto.

Antes de que le pudiese responder, colgó el aparato telefónico.

El empleado de la gasolinera lo miró con expresión que reflejaba miedo y admiración.

Glenn le dijo:

—Ahora ya sabes cómo están las cosas. Hasta el momento, tuviste suerte. Pero si vuelves a meter la nariz, te aplastaré como a una colilla.

—Descuide, míster. Tendré que desaparecer de aquí, pero no volveré a meterme en nada.

Advirtió Glenn que el hombre sudaba y adquirió el convencimiento de que cumpliría su palabra.

Poco después, de nuevo al volante, se alejaron de la gasolinera, evitando la carretera veintiuño.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Becky.

—Al “Club de Los Trece”.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Fue lo que decidimos. No creo que Mims espere mi visita y ya sabes que me divierte sorprender a la gente.

—¡Tengo miedo, Glenn! No hemos empezado aún con la lista de los seis y ya has estado a punto de morir dos veces. El vendedor de coches no te hubiese perdonado.

—Ya lo sé. Ha merecido que lo matase, pero yo no soy capaz de hacer una cosa así, si puedo evitarlo.

—Esa es otra ventaja que te llevan ellos. No vacilan en matar aunque no sea necesario. A algunos de ellos puede que hasta les divierta matar.

—De acuerdo en eso; pero yo lucho por una causa justa. Y eso supone mucho, ¿comprendes?

—Sí, te comprendo; pero no por eso dejo de temer. Ellos son malos, crueles... Y el que dirige todo un verdadero monstruo. Recuerda que quedamos en eso.

—Sí, quedamos en eso, pero...

Guardó silencio atendiendo al terreno que tenía ante sí. Habían llegado a las inmediaciones del “Club Los Trece” y Glen buscó un lugar adecuado para Aparcar.

—Aquí tienes el terreno despejado y podrás huir si intentaran apresarte. Vigila bien. No olvides que ellos saben que eres mi

acompañante.

—Descuida...

Glenn consultó su reloj y dijo aún:

—Si dentro de media hora no me he reunido contigo, te largas y avisas desde el primer teléfono al teniente Farrell...

—¿Y si a pesar de todo no lo localizo? Él no está de servicio permanente, o puede haber sido requerido a otro lugar.

—Tienes razón. Él está hasta las dos, pero caso de que resultase imposible localizarlo, le dices lo que sucede al que esté de guardia. Para animarlos les puedes decir que conoces bien el lugar en dónde está Glenn Tucker, el supuesto asesino de Barry Wilding...

—De acuerdo. Cuídate mucho, cariño.

Glenn rozó con sus labios los de Becky, pero ella lo abrazó de manera frenética.

Cuando pudo librarse del abrazo de ella, la acarició la cara y la animó, diciéndole:

—No me sucederá nada. Estoy convencido de que Leslie Mims no es el monstruo que ha hecho lo de Wilding, aunque lo hallemos mezclado en esto.

—¿Y si el monstruo se ha valido del “Club Los Trece” y Mims no sabe nada?

Glenn sonrió y respondió:

—Mims no tolera intromisiones, pequeña. No hay quien se atreva a usar el “Club Los Trece” para una cosa así, sin contar con él. Así es que pierde esa esperanza...

La volvió a besar y se alejó en dirección al “Club Los Trece”, marchando con paso ágil, felino.

Antes de desaparecer de la vista de Becky, se volvió a despedirse de ella con un ademán.

Tocó la pistola que llevaba en el bolsillo, sin que su bulto se pudiera disimular.

La colocó lo mejor que pudo para que se notara lo mínimo y entró en el local.

Cruzó un pequeño vestíbulo y apartó las cortinas que cubrían la puerta que daba paso a la sala principal del club.

Penetró en la sala, y se apartó a un lado para dejar la entrada libre.

Al fondo de la sala estaba el bar, a cuya barra había bastante gente. Las mesas en torno a la pista estaban ocupadas en casi su totalidad.

Salió a recibirle el encargado de la recepción, un hombre alto, de aspecto distinguido, vestido irreprochablemente y cuyo pelo,

muy blanco, abundante y ligeramente ondeado, llevaba peinado con esmero.

—¿Mesa, señor? ¿El señor viene solo? ¿Le aguarda alguien?

—Quiero ver a Quimby.

El encargado de la recepción le miró sorprendido, yendo luego su mirada al ligero bulto que señalaba la pistola.

—¿Ha dicho a Quimby, señor?

—Sí. Quiero que él me anuncie a Leslie Mims. Puede que me esté esperando. Me llamo Glenn Tucker...

La expresión de sorpresa del hombre fue en aumento.

—Sí, míster Tucker...

—Y recuerde esto. Los hombres discretos pueden llegar lejos en la vida. Todo lo contrario que los indiscretos.

—Sí, míster Tucker...

El hombre se inclinó respetuosamente y enfiló en dirección al bar, pero en lugar de detenerse en él, Apartó una cortina y penetró en un corto pasillo.

Glenn, que no apartaba la mirada de él, no dejó de observar que se había detenido a la otra parte de la cortina y allí hablaba con alguien, aunque sin dejar de dedicarle alguna mirada por una pequeña abertura que había dejado.

Dirigió Glenn la mirada en torno.

Vio algunos rostros conocidos. Tal vez alguien le reconoció a él, pero prefirió ignorarle.

Divisó el joven una mesa desocupada en un rincón bastante discreto y se encaminó hacia ella.

En el mismo momento el encargado de la recepción volvió a la sala, seguido por un sujeto alto y recio, al cual calculó Glenn unas ciento noventa a doscientas libras de peso.

—Y eso que, a lo que se ve, no debe tener ni tres libras de grasa —comentó para sí el joven.

Estaba claro que el acompañante del fulano del pelo blanco había sido boxeador. Lo delataban las señales impresas en cejas, pómulos, nariz y orejas.

—Este debe ser Quimby. Ha sido boxeador y no se ha retirado por estar sonado. Y si un hombre de estas condiciones físicas se retira sin estar sonado, ¿por qué puede ser?

Miró Glenn fijamente al supuesto Quimby y este desvió la mirada hacia otra parte, aunque no por eso dejó de seguir avanzando a su encuentro.

Glenn se respondió a sí mismo:

—Pues se retira porque es un maldito cobarde...

A pesar de que el traje que llevaba Quimby estaba bien confeccionado, hecho ex profeso para llevar pistola en una funda sobaquera, un buen observador podía advertir pronto la presencia oculta del arma.

Glenn se detuvo al llegar a la mesa que había elegido y se situó de pie, dando la espalda a la pared.

Quimby le abordó a poco mientras que el del pelo blanco se retiraba discretamente.

Quimby se detuvo, hinchó el pecho y se irguió, como si tratase de impresionar a Glenn.

—¿Qué hay, mister? —preguntó Quimby.

—Creo que lo dije ya. Quiero ver a Mims.

—No pensaré que Mims está aquí para charlar con el primero que pregunta por él.

—No he preguntado por él. He venido a verle en plan amigable. Si no quieres decirle que estoy aquí, allá tú. Yo me quedaré diez minutos.

La mirada de Quimby se posó en el bulto que ofrecía la pistola.

Tucker sonrió irónicamente y dijo:

—No soy un pistolero y no he venido a asesinarle. No he asesinado jamás a nadie. Ni siquiera a Harry Wilding.

El joven, al hablar, miraba fijamente a Quimby, el cual intentó mantener la mirada, terminando por bajarla.

Respondió hoscamente:

—Veré lo que puedo hacer.

—Quiero entregarle personalmente algo que le interesa.

Quimby llamó al del pelo blanco, al cual dijo:

—Que le sirvan lo que quiera tomar. Paga la casa.

Glenn entendió perfectamente que la orden era vigilarlo, aunque le sirviesen alguna bebida.

Rechazó tomar nada y se sentó después de consultar su reloj.

Apenas si habían transcurrido cinco minutos, Glenn observó cierto movimiento en la sala.

Tres guardaespaldas de Mims, a dos de los cuales conocía, salieron del interior y se situaron estratégicamente en la sala.

Poco después apareció Mims en persona. Era alto, bien proporcionado, fuerte, poseía, facciones correctas, pero la dureza de su gesto le restaba atractivo.

Miró a Tucker y su gesto se endureció más aún.

Hubo de responder luego con leves inclinaciones de cabeza y algunas sonrisas a los saludos que le dirigieron algunos de los concurrentes al local.

En aquel momento Mims daba la impresión de un emperador que condescendiese a dejarse ver de sus súbditos.

A Tucker le dio náuseas advertir el servilismo de la gente que después de hacer rico al “gangster”, daban la impresión de que mendigaban su amistad.

Detrás de Mims se dejó ver a Quimby, el cual daba la sensación de que se bamboleaba un poco al andar.

El “gangster” tomó asiento después de dedicar un seco saludo a Tucker, el cual correspondió de manera semejante.

Mims dijo, dirigiéndose a Glenn:

—No tengo ningún interés en verle a usted ni aun en plan amigable, Tucker. No quiero ser su amigo.

—Lo comprendo. Usted y yo no podemos ser amigos jamás. Somos de diferente clase.

Hizo una pausa y señaló para F pistola:

—He venido a entregarle este es de uno de sus hombres. Y a decirle algo...

Glenn sacó la pistola y la depositó sobre la mesa.

Quimby palideció y trató de cubrir el arma con su cuerpo, para evitar que la pudiese ver nadie.

Mims tomó la pistola y, fingiendo que la examinaba, mantuvo encañonado con ella durante casi un minuto a Glenn, que no se inmutó.

El joven dijo entonces:

—Sé que usted ha fanfarroneado lo suyo diciendo que me iba a suprimir.

—Sí, me molesta.

—¿Y es por eso por lo que me ha destacado hoy ese grupo de asesinos?

El “gangster” palideció, no esperando tal audacia de Glenn. La misma sorpresa hizo que no encontrase respuesta adecuada en el momento; y Tucker siguió, diciendo:

—Le he tenido siempre por un fulano de agallas y creía que usted era de los que solucionaban sus cuestiones personales de hombre a hombre.

Mims tragó saliva, guardó la pistola y miró con encono a Tucker, al cual preguntó:

—¿Ha terminado?

—Aún no.

—Suelte lo que sea y lárguese.

—Mientras no arme escándalo y pague lo que consuma, no me puede echar, Mims. Así es que no lo intente; pero no es eso lo que

interesa.

Señaló una breve pausa y siguió diciendo:

—En principio llegué a creer que el asesinato de Wilding, que quieren cargarme, podía ser cosa suya.

Hizo otra pausa y al no hallar respuesta, prosiguió:

—Pero han enredado la cosa de forma que ya tengo claro que no ha sido usted. Sin embargo, usted ha trabajado para el asesino. ¿Lo sabía, Mims, o lo han engañado?

Siguió un silencio hosco, tenso.

Al fin lo rompió el “gangster”, diciendo:

—No sé de qué está hablando.

—Eso quiere decir que lo han engañado. El asesino de Wilding ha fracasado en su intento de que cargue yo con el asesinato, y entonces lo ha mezclado a usted para que me quite de en medio, porque se ve perdido. No ha jugado limpio con usted, no, señor.

—Eso es cosa mía.

—Y mía, Mims. Cuando quiera, búsqume de cara. Pero no vuelva a intentar otra como la de esta noche, porque le pesará.

Quimby se atrevió a comentar en tonillo irónico, tratando de halagar a su jefe:

—Tiene agallas el chico, ¿eh?

Tucker respondió fríamente:

—Sí, Quimby, tengo agallas, algo que te falta a ti. Si tú las tuvieras, no te habrías metido en este oficio, sino que continuarías luchando en el “ring”.

Mims, por su parte, dirigió a Quimby una mirada conminatoria, para que no volviese a intervenir.

Glenn se puso en pie, dispuesto a marchar. Y dijo al “gangster”:

—Espero que no se vuelva a meter en este asunto, porque entonces no vendré ya en plan amigable. El asesino sabe que yo lo descubriré y usted no debe actuar de parachoques. Buenas noches.

Sin aguardar respuesta el joven dio media vuelta y se dirigió a la salida del establecimiento cuando aún no se habían cumplido los veinte minutos de su entrada en él.

Sentía Glenn fijas en su espalda las miradas de Mims y sus hombres, miradas hostiles, a pesar de lo cual no se volvió una sola vez.

Quimby tuvo un impulso y se dispuso a salir detrás de Glenn; pero Mims lo obligó a detenerse.

—¡Aquí, Quimby!

El ex pugilista volvió atrás y dijo en voz baja a Mims:

—A ese fulano lo tumbo yo para siempre, jefe. Y ya no le

molestará más.

—¿Y lo vas a tumbar a la misma puerta de “Los Trece” para echarnos encima a la policía?

—Aguardaremos a que se aleje un poco. Usted se comprometió a liquidarlo, jefe.

—Me comprometí cuando no sabía lo que había detrás de la cuestión. Él tiene razón, me han engañado.

—Pero Tucker es su enemigo. Se lo he oído decir a usted muchas veces, jefe.

—Es una cuestión personal que resolveremos él y yo, si me interesa.

—Pero...

—El jefe soy yo, Quimby...

Señaló con el gesto en dirección a la puerta por dónde Glenn había salido y siguió diciendo:

—El fulano sabe bien lo que se lleva entre manos. Y no creas que ha entrado aquí a lo loco. Estoy seguro de que ha sabido dejar las cosas bien arregladas fuera.

—¡Pero la policía lo persigue, jefe!

—¡No te fíes de eso! ¡Estás hablando como un novato! A estas horas la policía tiene que saber ya que no ha sido él...

Quimby se encogió de hombros finalmente y respondió:

—¡Está bien, jefe! Pero ese fulano me es antipático y me hubiese gustado voltearlo de dos balazos.

—Y a mí también... Pero me huelo que en estos momentos sería un mal negocio...

En tanto, Glenn llegaba hasta donde Becky le aguardaba en el “Studebaker”.

—¡Hola, pequeña!

—¡Oh, Glenn! Temí que no volverías...

—¿Por qué? Te aseguro que todo fue perfectamente. Me invitaron a beber y todo. Ese Mims es un chico comprensivo.

—¿Queda borrado de la lista?

—Estaba borrado de antemano, aunque quería asegurarme.

—Has expuesto tu vida para nada o para casi nada.

—¿Te parece poco haberlo convencido para que no vuelva a meter la nariz en esta cuestión?

—¿Y crees que lo hará?

—No. Si lo hiciera, me decepcionaría de verdad.

—¿Vamos a ver al otro de la lista? Ahora le toca al médico alienista. Reginald Horton.

—De acuerdo. Pero vamos a descansar un rato...

CAPÍTULO IX

Hugh Winn era alto, delgado hasta lo inverosímil. Vestía de negro, pero en aquella ocasión no calzaba guantes blancos.

Sus grandes ojos claros, en aquel momento, tenían cierta expresión de inquietud. Su piel tenía el mismo tono amarillento traslúcido de cuando abrió la puerta a Becky en la mansión de Wilding.

Pero sus movimientos eran más normales, habían perdido el automatismo que tenían entonces.

Su afilada cabeza de ave de rapiña descansaba entre sus huesudas y largas manos, cuya piel fina, de tono marfileño, parecía a punto de ser perforada por las articulaciones, dejando que se señalaran perfectamente tendones y arterias.

Repiqueó el timbre del teléfono y Hugh respingó como si hubiese sido víctima de una pequeña descarga eléctrica.

Con movimiento vivo, nervioso, tomó el micro-auricular en su mano y preguntó:

—¿Quién?

Se oyó una voz clara, impersonal, que dijo fríamente:

—La muerte te saluda...

No había logrado reaccionar de la sorpresa que le produjo la llamada, cuando oyó que el teléfono hacía el ruido indicador de que la comunicación había sido cortada.

Miró con expresión de estupor el tubo telefónico que tenía aún en la mano y se dispuso a colgar.

En la pieza, que se hallaba en semipenumbra, se movió una cortina a impulso de una corriente de aire y el hombre se levantó rápido, llevando su mano diestra a la pistola que descansaba en su funda sobaquera.

Giró Hugh en dirección a la puerta que quedaba oculta por la cortina que se había movido y que daba a una pieza interior.

La puerta de la calle se abrió de manera silenciosa y apareció en ella Leslie Mims, el cual encañonó con su pistola a Hugh.

—No te muevas, Winn. Te están encañonando tres pistolas y las tres son rápidas. Antes de que lograses disparar, tendrías un buen montón de balas en el cuerpo.

Junto a Mims apareció Quimby, el cual llevaba también una pistola en la mano, arma con la que encañonaba asimismo a Hugh.

Del interior, apartando la cortina que se había movido anteriormente, salió otro de los de la pandilla de Mims.

Su gesto era hosco, su ademán bastante agresivo y mantenía también la pistola encañonando a Hugh, al cual dijo en tono bajo:

—Aparta esa mano de ahí, cochino traidor. Purdy y dos más han muerto por tu culpa. Y yo asistiría con gusto a tu entierro.

Quimby cerró la puerta a sus espaldas.

Mims intervino, diciendo:

—Calma, Carson. Los traidores no tienen más que un final. Y no creo que Hugh pueda escapar a ese final.

Apartó Hugh su mano de la culata de la pistola y tras dirigir una mirada desdeñosa a Carson, se dirigió a Mims, preguntándole:

—¿Es que os habéis vuelto locos? ¿De qué traición habláis?

Quimby dijo, irónico:

—Aún no sabe de qué traición hablamos, jefe.

Hugh no se pudo contener y dijo despectivamente dirigiéndose al ex pugilista:

—¡Cállate, escarabajo pelotillero! Estoy hablando con el jefe...

Adelantó Quimby dispuesto a golpear a Hugh a la vez que decía:

—¡Maldita sea! ¡Te vas a tragar eso de escarabajo pelotillero!

Mims ordenó secamente:

—Quieto, Quimby.

—¡Es que...!

—He dicho que te estés quieto...

Mims tomó asiento y se dirigió a Hugh, diciendo:

—Hasta ahora te protegí bien, Hugh.

—Estoy contento, Mims, y por eso he pagado mi cuota con regularidad. Y cuando ha salido un trabajo extraordinario, no he regateado.

—En eso estamos de acuerdo, Hugh. Hasta ahora has cumplido, no me has engañado; pero en esta ocasión no ha sido así.

Hugh reflejó extrañeza y preguntó:

—¿En esta ocasión? ¿Qué quieres decir, Mims?

—Me refiero al trabajo que encargaste hoy...

El rostro de Hugh reflejó una extrañeza que no era fingida.

—¿El trabajo que encargué hoy? —preguntó—. De verdad que no sé de qué me estás hablando.

Quimby enrojeció de ira y exclamó:

—¡Esto no hay quien lo aguante! ¿Serás capaz de hacerme quedar embustero? ¿Negarás que fuiste a verme y me encargaste lo de Tucker?

—He estado durmiendo toda la tarde, desde antes de anoecer

—manifestó Hugh.

—¿Tienes algún hermano gemelo? —preguntó Mims en tono de burla.

—¿A qué viene esa burla, Mims? —preguntó Hugh.

—Te he visto cuando hablabas con Quimby. Llevabas guantes blancos, aquellos que hay allí...

Mims señaló para un par de guantes blancos que se hallaban sobre un pequeño mueble bar.

—¡Es absurdo! —protestó Hugh—. He dicho que no salí desde antes de anoecer.

Mims, sin dejar de sonreír, había hecho girar su pistola rápidamente en la mano, empuñándola por el cañón, y golpeó con ella en los dientes a Hugh, quien aulló de dolor.

Quimby rio divertido.

En cuanto a Mims, permaneció de pie, vigilando los movimientos de Hugh, el cual se había dejado caer de bruces en el suelo, llevándose ambas manos a la boca por la cual sangraba en abundancia.

El “gangster” advirtió:

—Procura no levantar la voz, porque te aplastaré la cabeza. Y no resulta agradable.

Hugh permaneció boca abajo y golpeó con ambas manos en el suelo, diciendo:

—¡Es cierto lo que digo! ¡Yo he estado durmiendo!

Mims asestó un puntapié a Hugh en un costado y el hombre se encogió, haciéndose un ovillo.

Hablando de manera entrecortada, dijo:

—¡Es cierto lo que digo! ¡Me están sucediendo cosas extrañas! ¡Yo no puedo comprender...!

Le interrumpió el repiquetear del timbre telefónico.

Los tres “gangsters” cambiaron entre sí miradas de perplejidad.

Carson manifestó:

—Tal vez sea Beabrock para advertir que debemos estar en guardia.

Mims se dirigió a Hugh.

—Ponte tú al aparato. Y cuidado con lo que se habla.

Quimby alargó el tubo a Hugh, el cual dijo trabajosamente:

—¿Quién?

—Deseo hablar con Mims...

Alargó Hugh el aparato al “gangster”.

—Es para ti —dijo.

Los rostros de los tres “gangsters” reflejaron cierto desconcierto

hasta que el propio Mims admitió:

—Tal vez sea Beabrock.

Mims se decidió a tomar el microauricular, preguntando seguidamente:

—¿Qué hay?

—Hola, Mims. Opino que debe dejar de torturar a Hugh. Él dice la verdad. Es una víctima más en este sucio asunto.

—¿Quién está al aparato?

—Eso no tiene importancia en el momento, Mims. Importa lo de Hugh. Es cierto que él ha estado durmiendo...

—¡Búrlese de su abuela, fulano! —exclamó el “gangster”.

—No hay burla, Mims. Hugh ha actuado hipnotizado por alguien y no recuerda lo que ha hecho desde que lo durmieron esta tarde, hasta que ha despertado, nace una hora, tal vez menos, acaso un poco más.

—¿Y usted, cómo lo sabe?

—Empleo el cerebro para pensar. Y me ha costado lo mío descubrir la cosa.

Siguió un lapso de silencio.

Lo rompió el hombre que había llamado, el cual dijo:

—Procure enterarse de quién ha podido dormir a Hugh. Será realmente interesante.

Mims miró a Hugh mostrando viva extrañeza. Este había oído algo y observó esperanzado a Mims, comprendiendo que el desconocido comunicante tal vez le había salvado la vida con su intervención.

Se escuchó el ruido indicador de que la comunicación quedaba cortada y Mims, maquinalmente, colocó en la horquilla el microauricular.

—¿Es posible que te hayan hipnotizado, Hugh? —preguntó el “gangster”.

—¿Se trata de eso? —preguntó Hugh a su vez.

—Es lo que me han dicho...

Siguió un lapso de silencio.

Hugh dijo al fin:

—Sé que ha sucedido algo raro...

—¿A quién has visto? ¿Quién te ha podido hipnotizar?

—No sé, no he visto a nadie. Llegué cansado, me dejé caer en el sillón y parece que me dormí. No recuerdo nada más...

Quimby exclamó asombrado:

—¡Esta sí que es buena!

Mims se revolvió entonces contra Quimby, al cual preguntó con

mal contenida violencia:

—¿Es que no te diste cuenta de que sucedía algo extraño, idiota?

—¡Bueno, jefe! Uno no sabe de esas cosas...

Tras una pausa, siguió diciendo Quimby de manera premiosa:

—La verdad es que hablaba de una manera extraña y se movía como si le hubiesen soltado un buen sopapo y estuviese flotando. Algo como lo que me sucedió a mí cuando Rice me derribó dos veces seguidas a la lona y pude terminar el combate por milagro.

—¡Eso lo tenías que haber dicho antes, majadero! —exclamó Mims.

Quimby se encogió de hombros y dijo seguidamente:

—¡Bueno, la verdad es que no me extrañó! Como yo sé que Hugh se dopa día sí, día no, y el de en medio...

Mims preguntó con severa expresión:

—¿Quién te puede haber hipnotizado, Hugh?

El hombre se pasó la mano derecha por la cara y respondió tras meditar:

—No tengo ni idea, Mims...

—Un poco extraño, ¿no?

—En la vida suceden muchas cosas extrañas...

—Si no dejas de depararte, terminarás mal —aseguró el “gangster”...

—Eso es imposible. Estoy seguro de que me moriría...

—Piensa, Hugh. No podemos permitir que se burlen de nosotros de esta manera...

—¿Quién llamó, Mims? —preguntó Hugh.

—No lo sé. Aunque imagino que fue Glenn Tucker...

—¿No está encerrado el fulano ese? —preguntó Hugh.

Mims sintió tentaciones de golpear a Hugh, pero se contuvo comprendiendo que podía ser sincero.

—Salió. Y se está defendiendo porque le quieren colgar el asesinato de Barry Wilding.

—Si lo ha despachado, ha hecho lo que debía —manifestó Hugh.

—Él dice que no lo ha despachado y puede que sea verdad. Lo malo es que nos han metido a nosotros en el lío.

Hugh tomó su cabeza entre ambas manos y dijo:

—No es posible...

—¿Qué consideras que no es posible?

—El doctor Horton me trató. Yo estaba medio loco y él dijo que yo tenía un complejo; y me dijo también que tenía que escarbar en mi subconsciente.

Quimby miró a Mims con expresión estúpida y preguntó:

—¿Es que el fulano trata de quedarse con nosotros?

—Cállate, Quimby. No hay nada de eso. Está diciendo la verdad. Sigue adelante, Hugh.

—Entonces él me pidió permiso, lo autoricé por escrito y me hipnotizó algunas veces para curarme...

—¡Muy interesante!

—Pero nunca estaba solo cuando me hipnotizaba. Estaba con sus ayudantes y hasta con algunos alumnos...

Mims habló seriamente, diciendo:

—Más vale que te cures de eso de las drogas, o pégate un tiro. De lo contrario te lo pegaremos nosotros sintiéndolo mucho. Con gentes como tú, no se puede trabajar. Y sabes demasiadas cosas... Piénsalo bien...

Luego se dirigió a sus compinches:

—Vamos, muchachos.

Hugh manifestó:

—El doctor Horton es una persona decente. No puede haber cometido una granujada...

—Escucha, Hugh. Horton está que mataría por conseguir a Becky Hillman, lo mismo que yo y lo mismo que otros. No me extraña que odie a Tucker y que haya intentado suprimirlo colgándole la muerte de Wilding. Y tú has sido un juguete fácil en manos de Horton...

—¡Le aseguro que no hay nada de eso!

—Está bien. Yo lo averiguaré y va a ser ahora mismo.

Mims y sus dos guardaespaldas, salieron.

Hugh, tan pronto se aseguró de que se habían marchado, marcó un número telefónico.

Cuando le respondieron, preguntó:

—¿Doctor Horton?

—Al aparato.

—Soy Hugh Winn, doctor. ¿Se acuerda de mí?

—Perfectamente, Winn. ¿Se encuentra mal?

—No se trata de mí, doctor, sino de usted. Creen que me ha hipnotizado y me ha obligado a cometer ciertos actos que...

El cuerpo de Hugh se estremeció visiblemente a tiempo que se escuchaba el ruido de dos disparos hechos por un arma provista de silenciador.

Tras las dos sacudidas, Hugh permaneció rígido durante unos instantes y seguidamente se fue volviendo lentamente hasta quedar frente a su adversario.

—¡Ril...!

Siguió un tercer disparo que alcanzó a Hugh en la garganta, silenciándolo instantáneamente.

El teléfono cayó de su mano y golpeó en el suelo.

Se oyó la desfigurada voz de Horton que exclamaba:

—¡Winn! ¡Hugh Winn! ¿Qué sucede?

Hugh produjo un sonido estertoroso; y rígido como estaba, fue cayendo lentamente hacia adelante como un árbol que ha sido talado por su base.

Charles Riley, que había entrado por la misma ventana que había dejado abierta Carson, el acompañante de Mims, se dirigió a la puerta, la abrió usando un pañuelo para no dejar huella alguna y se alejó tranquilamente.

El teléfono caído, dejaba paso a la desfigurada voz del doctor Horton, que gritaba:

—¡Winn! ¡Diga algo, por favor! ¡Winn...!

Riley, una vez en la calle, caminó en dirección al automóvil que había dejado aparcado tres manzanas más allá de donde residía Winn.

Comentó para sí:

—Ese ya no podrá hablar ni podrá ofrecer ningún indicio contra mí. Ahora falta Pearl. Esta noche falló y ellos saben que está ligada al asunto. No hay más remedio que suprimirla y lo siento porque es hermosa de verdad.

Sonrió con cínica expresión a la vez que ponía su automóvil en marcha.



—Búsqieme de cara

CAPÍTULO X

Becky y Glenn, este último al volante, seguían en su “Studebaker” al coche que llevaba a Mims y sus compinches.

No pasaron muchos minutos para que se diesen cuenta de a quién buscaban los “gangsters”.

Y fue Becky quien lo señaló, satisfecha de lo que consideraba un pequeño triunfo.

—¡Es al doctor Horton a quién buscan! —exclamó.

—Eso parece —dijo Glenn, flemático.

—¿Ves como no podía ser Riley?

—No estés tan segura. Mims puede estar equivocado.

—Pero Winn le habrá dicho que es cosa de Horton.

—Ignoramos lo que ha podido decir Winn. Y piensa también en que Winn ha actuado bajo sueño hipnótico; y a menos que su hipnotizador se lo haya ordenado, él no recordará lo que ha hecho...

—¡Es cierto! —hubo de admitir Becky.

—Por otra parte, si el hipnotizador fuese Horton, Winn habría denunciado a cualquier otro, pero no a él. Horton le habría dado órdenes que Winn cumpliría inconscientemente.

—También es cierto. ¿Entonces...?

—Yo daría a Horton como eliminado de la lista de sospechosos...

—¿Y el siguiente sería Riley?

—Sé que tú prefieres que sea Havelok. Lo discutiremos en el último momento...

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Avisar a Horton desde el primer teléfono. No vamos a permitir que esa bestia de Mims lo sorprenda.

Tras una sonrisa, añadió el joven:

—Como habrás podido observar, al segundo de la lista lo hemos podido eliminar sin correr ningún riesgo.

—¿No has corrido riesgo? ¿Qué hubiese sucedido si te hubiesen descubierto cuando les estabas escuchando?

—No hablemos de lo que pudo haber sucedido, sino de lo que sucedió: nada. Siempre nos puede suceder algo malo: Un atropello, una caída, una enfermedad...

Antes de que ella respondiese, señaló:

—Mira. Ahí tengo un teléfono público. Voy a aparcar y a telefonar...

Glenn entró en el teléfono público, consultó la guía rápidamente y marcó el número correspondiente al doctor Horton.

Cuando se dio cuenta de que habían descolgado al otro lado, preguntó:

—¿El doctor Horton? Urgente. Soy un buen amigo de él...

—El doctor Horton ha salido hace un momento...

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy uno de sus ayudantes.

—Escúcheme bien. Un grupo compuesto por tres “gangsters” se dirige hacia ahí y sus intenciones no son buenas. Si llamasen, no les abra y avise inmediatamente a la policía.

—¿Quién es usted?

—No hace al caso. Ya le he dicho que soy un amigo. Haga lo que le digo si quiere evitarse un mal rato y le quiere evitar algo peor al doctor Horton. ¿Sabe dónde le puedo localizar para avisarle?

—Sé que llamó alguien, un antiguo paciente. Ha debido suceder algo extraño porque se cortó la comunicación. El doctor parecía bastante excitado y salió diciendo que tal vez tardase algo en volver...

—De acuerdo. Gracias. Y no debe olvidar mi aviso. Me lo agradecerá bastante.

A oídos de Glenn llegó la angustiada voz del ayudante de Horton que exclamaba:

—¡Ya llaman a la puerta!

—No debe perder la serenidad. Antes de abrir, compruebe por la mirilla. Y no vacile en avisar a la policía si lo considera oportuno.

—Sí, lo haré...

—Debe tener en cuenta que esa gente no repara en entrar en una casa por dónde sea...

—¡Sí, señor! ¡Lo tendré en cuenta todo, gracias!

—Cuelgo para que tenga el teléfono libre.

Cortó Glenn la comunicación, introdujo otra moneda y marcó el número del teniente Farrell.

—¿Farrell? —preguntó.

—Al habla. ¿Tucker?

—Sí.

—¡Puedes dejarte ver tranquilamente! ¡Estamos convencidos de que no has sido tú!

Glenn manifestó con suave ironía:

—Gracias. Siempre confié en vuestra perspicacia.

—¡Te hablo en serio!

—Ya lo supongo. ¿Cómo habéis llegado al convencimiento de

que no soy el asesino?

—Encontré en tu departamento algunos papeles relacionados con tu caso y que pertenecían a Wilding...

—¡Vaya!

—De haber sido tú el asesino, no los habrías dejado allí; está claro que alguien te quiere colgar la cosa.

—Eso parece...

—En los documentos había bastantes huellas dactilares, pero ninguna correspondía a ti...

—Pude haber trabajado con guantes.

—No, estamos seguros de que no. ¿Vas a venir? —preguntó Farrell.

—De momento, no. Quiero descubrir al asesino. Antes de entregárselo quiero darle algunos golpes.

—¡No seas loco! ¡No puedes hacer eso!

—Yo estoy convencido de que sí podré. Estoy en forma, amigo mío...

—Tú me entiendes...

—Escucha, Farrell. Tengo trabajando a Leslie Mims en mi asunto. Lo malo es que está dando palos de ciego. Así y todo, interesa que veáis a un tal Hugh Winn y lo interroguéis...

Iba a dar las señas de Winn, pero le interrumpió Farrell, que dijo con lúgubre expresión:

—Lo han estado viendo. Lo han interrogado y no contesta. Lo han asesinado en su propio domicilio. Avisó de la cosa un tal doctor Horton. No hace mucho de ello...

—¡Diablos! El asesino se me ha adelantado...

—¿Por qué no te confías a nosotros? —preguntó Farrell—. Lo que estás haciendo no...

Glenn sabía que seguiría un diluvio de razonables frases llamándole al orden, y le interrumpió, diciéndole:

—Me confío. Acudid con rapidez a la clínica del doctor Horton. Mims ha ido allí y estará intentando fastidiar... Daos prisa.

A continuación, para ahorrar tiempo, dio las señas de la clínica. Y a guisa de despedida, dijo Glenn:

—Volveré a localizarte y te daré nuevas noticias de mis progresos. Hasta pronto.

Colgó Glenn antes de que Farrell tuviese ocasión de responderle.

El joven abandonó la cabina telefónica y se apresuró a reunirse con Becky.

—Vamos en busca del asesino, querida.

—¿Quién es? —preguntó ella con expresión de viva ansiedad.

—No lo sé aún. Se nos ha adelantado asesinando a Winn. Ahora nos vamos a adelantar nosotros a él...

Glenn se colocó al volante y lanzó al automóvil al máximo de velocidad permisible.

Becky, al advertir que al cabo de unos minutos entraban en la misma calle en donde tenía su departamento preguntó:

—¿Se puede saber a dónde vamos?

—Ya te lo he dicho. A echarle el guante al asesino.

Siguió un breve lapso de silencio.

Becky dijo como hablando consigo misma:

—Winn, el hombre que me abrió en casa de Wilding...

—El mismo...

—¿Por qué lo ha matado si él actuaba hipnotizado, como yo, y posiblemente no sabrá quién lo ha hipnotizado ni a quién sirve?

—No tengo ninguna explicación satisfactoria que darte, querida...

La sorpresa de Becky llegó al máximo cuando advirtió que Glenn aparcaba relativamente cerca de su casa.

* * *

Pearl Coleman se estremeció al percibir una corriente de aire que la despertó.

Uno de los visillos de la ventana que daba a la calle se movió, agitado por la corriente de aire.

La linda joven advirtió entonces que se había quedado dormida en un sillón y se levantó, consultó el reloj y se mostró asombrada al ver la hora.

—Ya me he vuelto a quedar dormida otra vez. Es algo terrible lo que me sucede...

Oyó un leve ruido en una pieza contigua y presintió que no se hallaba sola en su departamento.

Este se hallaba a oscuras, sin más luz que la de una lámpara de pie en la salita en donde se hallaba, y que quedaba tamizada por una pantalla, dejando la estancia en semipenumbra.

Le pareció percibir otra vez el leve ruido de una respiración mal contenida y preguntó sobresaltada:

—¿Quién anda ahí?

No le respondieron.

Estaba rígida y notó que se había quedado totalmente fría.

Miró al teléfono pensando en emplearlo. Y entonces pensó también que no llegarían a tiempo de auxiliarla.

Percibió el rumor de unos pies que se deslizaban quedamente.

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar—. ¿Quién anda ahí?
¡Gritaré! ¡Gritaré si no responden!

En el vano de la puerta de comunicación se dejó ver Charles Riley.

Miró Riley fijamente a Pearl y le dijo con voz grave:

—No gritarás, no debes gritar. Yo te ordeno que no grites...

Pearl, asustada, comenzó a comprender e intentó resistir.

Cubrió con sus manos los ojos y dijo:

—¡No me dormirás! ¡No quiero que me duermas! ¡Has sido tú quien me ha dormido otras veces, quien ha jugado conmigo!

—No grites, te lo ordeno...

—¡Gritaré si no te vas!

En la diestra de Riley apareció una pistola que mostró a Pearl.

—Tiene silenciador. Si intentas gritar, te mataré... Separa las manos de la cara... ¡Obedece! —añadió imperativo.

Pearl obedeció, dejando caer los brazos lasos a lo largo del cuerpo.

—Abre los ojos —ordenó Charles al advertir que ella los tenía cerrados.

—Ya están abiertos... Vete, Charles, vete y trataré de olvidar...

—Sí, olvidarás. Yo haré que olvides porque te voy a dormir... Te dormiré y así no sentirás...

—¡No! —protestó Pearl.

—Silencio... No va a pasar nada de particular... Vas a dormir porque yo te lo ordeno...

—Sí...

—Dormirás para siempre... ¿Me oyes bien?

—Sí, dormiré para siempre... —admitió Pearl con voz sonámbula.

Les interrumpió un vibrante timbrazo que obligó a Pearl a dar un respingo mientras que en el rostro de Riley se dibujó un gesto de ira.

Pearl inició un movimiento para ir a abrir la puerta.

Riley comprendió que había quedado roto instantáneamente el poder que sobre la linda artista ejercía con la hipnosis. Y trató de imponerse por el terror; ordenó secamente:

—¡Quieta! ¡Quieta ahí o te mato! Y luego puedo escapar fácilmente por el mismo sitio que he empleado para entrar...

Volvía a sentirse dueño de la situación a pesar de que el timbre insistía en su llamada.

Advirtió Riley la vacilación de Pearl.

Decidió entonces que debía terminar rápidamente, pues cualquier descuido no dejaría de ser aprovechado por la linda Pearl.

Levantó Riley la pistola, dispuesto a disparar.

Pearl comprendió y miró para el cañón del arma con ojos desorbitados por el terror, sin atreverse a gritar, temiendo que un grito podría adelantar el disparo y con él la muerte.

El timbre de la puerta repiqueteó de manera insistente.

—No llegarán a tiempo... Tengo mi salida —dijo Riley.

Dejó de repiquetear el timbre, alguien golpeó entonces en la puerta y se oyó una voz femenina, la de Becky, que llamaba:

—¡Pearl, abre! ¡Abre, por favor, Pearl!

El índice de la mano derecha de Riley inició una crispación sobre el gatillo del arma.

CAPÍTULO XI

En el instante en que Riley se disponía a hacer fuego contra Pearl, apareció Glenn en la misma puerta de que Riley se había servido para entrar.

Glenn conminó al asesino:

—¡Si te mueves, te vuelo la cabeza, Riley! Deja caer el arma...

Dio la orden de manera, categórica, dando la impresión de que estaba en condiciones de imponerse.

Riley, a la desesperada, giró como un rayo, dispuesto a disparar adelantándose a la posible acción de Glenn.

Este, que iba desarmado, saltó ágilmente de lado.

Disparó Riley y el proyectil, tras zumbar muy cerca del cuerpo de Glenn, hizo trizas una chuchería de porcelana que servía de adorno en la salita.

Glenn había previsto la posibilidad de que Riley se revolviere contra él y descubriese que iba desarmado, y había calculado sus posibilidades.

Y cuando Riley, tras su primer fallo se disponía a disparar otra vez, le lanzó una silla contra la mano que empuñaba el arma.

Intentó Riley esquivar el improvisado proyectil, produjo el movimiento a la vez que disparaba su pistola y la bala salió desviada, destrozando una lámpara.

La silla logró un violento impacto en la anatomía de Riley, el cual trastabilló por la violencia del golpe y estuvo a punto de caer sentado.

Antes de que se repusiera, ya Glenn estaba sobre él, asestándole un seco golpe en el brazo armado.

Le golpeó con el canto de la mano y le obligó a soltar la pistola, haciéndole gritar de dolor.

Riley se repuso pronto y, al verse desarmado, atacó desplazando con violencia una de sus rodillas, consiguiendo hacer impacto en el bajo vientre de Glenn.

Intentó esquivar este, consiguiéndolo a medias nada más. A pesar de la esquiva se vio obligado a girar, percibiendo un acusado y agudo dolor en la parte afectada.

Trató Riley de aumentar la ventaja lograda por el momento y descargó un furioso puñetazo de derecha que alcanzó a Glenn a la altura del estómago, obligándolo a doblarse.

Intentó Riley terminar de imponerse y asestó un fuerte izquierdazo; pero Glenn se dejó caer al suelo y el otro falló el golpe, yéndose de bruces al no encontrar oposición.

Glenn, dominando los dolores que sentía, zancadilleó a Riley y este terminó de caer de manera estrepitosa, golpeando con el rostro en el suelo.

Riley aulló acuciado por el dolor que le produjo el golpe. Alargó sus manos intentando ponerse en pie y la derecha tocó la pistola que le había caído anteriormente.

La aferró de manera febril e intentó girar.

Pero ya Glenn, que se había puesto de pie, había saltado y caía con todo su peso sobre los riñones del asesino quien gritó de manera desahogada.

El segundo salto de Glenn fue para caer sobre la mano derecha de Riley, pisándole los dedos y forzándolo a soltar el arma nuevamente.

Volvía Glenn a dominar la situación y, una vez desarmado Riley, el joven desplazó su pie derecho, estrellándolo en la cara de Riley.

Gritó el asesino qué se revolcó de dolor, llevándose ambas manos a la cara.

—¡Mis ojos! ¡Me ha reventado los ojos! ¡Me ha dejado ciego!

Resultaban impresionantes los gritos de Riley, pero Glenn no se dejó enternecer por ellos y volvió a atacar, golpeando en los costados una y otra vez, mostrándose implacable hasta que el asesino, fuera de combate, cesó en sus gritos y quedó inmóvil, tendido en el suelo boca arriba, respirando trabajosamente.

Pearl, asustada, exclamó:

—¡Lo has matado!

—No lo he matado; pero si lo hubiese matado no sucedería nada. Bien, sucedería que el mundo se habría librado de un asesino...

Señaló para la puerta del departamento e indicó a Pearl:

—¿Quieres abrir a Becky? Debe estar muerta de miedo. Ella llegó por la puerta para distraer a Riley, porque suponíamos que él ya estaría aquí. Y no nos equivocamos...

—¡He pasado un miedo terrible! Voy a abrir.

Instantes después entraba Becky, la cual se quedó como petrificada cuando vio a Riley tendido en el suelo, inconsciente.

—¿Muerto también? —preguntó.

—No. Pero supongo que morirá en la cámara de gas a que él me quiso llevar.

—¿Así, pues, acertaste?

—Sí, querida.

—¡Uf! He pasado un susto terrible... —dijo Becky.

La joven se dejó caer en un asiento y Pearl hizo lo propio.

Esta dijo:

—Ha intentado hipnotizarme otra vez... Y quería matarme...

Glenn, en silencio, se había inclinado sobre Riley, al cual cacheó concienzudamente para asegurarse de que no llevaba ninguna otra arma.

El joven se apoderó seguidamente de la pistola cuidando de no borrar huellas, y la dejó sobre una mesita.

A continuación hizo levantar a Riley y lo sentó en uno de los sillones.

Glenn comentó:

—¡Bien, Riley! Al fin caíste.

El asesino se pasó una mano por la frente y permaneció silencioso.

Finalmente miró a las dos jóvenes y después a Glenn. Entonces sonrió con expresión burlona y dijo:

—¡No sé de qué me estás hablando!

—¿Ah, no? Pues ya lo sabrás. No tardará en estar aquí la policía...

—¿Y qué? No hay nada contra mí...

Glenn dijo en tono burlón:

—Nada, si se exceptúa el asesinato de Barry Wilding y el de Hugh Winn. Y por si eso fuera poco, el intento de asesinato de Pearl Coleman aquí presente...

El asesino respondió cínicamente:

—No sabes lo que dices, Tucker. Parece que el tiempo que has estado en la cárcel te ha desquiciado un poco. Te irá bien una temporada de descanso, y mejor aún, si te pones en manos de un buen siquiatra.

Glenn adelantó lentamente hasta el cínico asesino, lo aferró por la pechera con su izquierda y lo zarandéó.

—Sigue por ahí y te voy a patear las tripas.

—¿Y con eso vas a demostrar que soy el asesino de Wilding y el de Winn? Lo único que demostrarás es que estás loco.

Sonrió nuevamente, dando la impresión de que se sentía seguro y señaló para los tres, diciendo:

—Lo único que se me puede achacar es el intento de asesinato de Pearl. Pero un buen abogado dejará eso en nada. Y yo tengo ese buen abogado.

Los miró despectivo y siguió diciendo:

—¡Vaya tres testigos que voy a tener en contra! Un fulano que ha cumplido condena por un asunto de drogas. Todos estaban de acuerdo con que la condena fue pequeña.

Señaló luego a Pearl:

—Una jovencita que se pasa la mitad de su vida drogada y cuya moral en otros órdenes deja bastante que desear. El jurado tendrá en cuenta esa cuestión.

Se encogió de hombros a continuación, señalando a Becky.

—Y por último, una jovencita que ha estado cerca de seis meses recluida en una clínica para curarse del vicio de las drogas y de los trastornos mentales que padecía a causa de lo mismo.

Señaló para el teléfono y dijo:

—Tengo pruebas de todo. Puedes llamar por teléfono, Glenn. ¡Ah! En esa pistola no hay una sola huella mía, contra lo que puedas imaginar. Uno sabe hacer las cosas...

Las dos jóvenes se miraron asustadas. Pearl exclamó:

—¡No puede hacer eso, me hundirá!

Glenn no había perdido la tranquilidad y se dirigió a Pearl, diciendo:

—No tengas miedo, no te hundirá. A mí no me ha podido hundir. Estoy más solicitado que nunca, el público espera mis películas. Arreglaremos lo tuyo encauzando hábilmente la propaganda y serás más famosa que nunca.

Pearl pareció tranquilizarse. Charles, insidioso, dijo:

—Aunque consigáis eso, al jurado no lo podréis enternecer. Y no me condenarán porque, puestos a hacerse las víctimas yo también sabré representar un papel de esa clase.

Rio burlón y siguió diciendo:

—¿Creéis que yo no soy capaz de ser un buen actor? Pues os equivocáis. Soy mejor actor que vosotros.

Glenn preguntó tranquilamente:

—¿Así, pues, es ese tu juego?

—Sí. ¿No te gusta?

—Mucho. Veremos si a ti te gusta el mío...

Adelantó Glenn sonriente, paso a paso; pese a su sonrisa, su actitud no resultaba tranquilizadora en absoluto.

Riley, que se había vuelto a sentar, se puso en pie dispuesto a defenderse.

A pesar de que era un buen deportista y sus condiciones físicas no tenían que envidiar nada a las de Glenn, su rostro reflejó leve temor.

Glenn se dirigió a las dos jóvenes, diciéndoles:

—Creo que haréis bien en salir un momento.

Pearl dijo salvajemente:

—A mí me gusta la lucha, cuanto más de verdad, mejor... Si lo matas, será algo que habré de agradecerte. Así no podrá decir nada en contra mía.

—Es una idea —respondió Tucker.

—Puedes dejármelo a mí. Lo mataré yo y lo habré hecho en defensa propia... ¿Cómo mató a Winn? —preguntó la linda artista.

—No lo sé. Supongo que habrá sido de un par de balazos —respondió Tucker señalando para la pistola.

—Sí, eso habrá sido. Aquí hay huellas de sus balazos que demuestran a las claras que me ha querido matar. No importa que no haya dejado huellas en su pistola. Las balas de Winn y las de aquí tendrán que coincidir forzosamente —siguió diciendo Pearl.

Se mostraba tranquila, con una tranquilidad que tenía algo de terrible.

—La idea es buena, Pearl, la mejor que he oído en mi vida.

—Está en el guion de mi próxima película. El guionista se adelantó a la realidad. Una cuchillada, como la que él le asestó a Wilding, según leí en la Prensa.

—Puedes ir en busca de ese cuchillo, Pearl. En tanto, le voy a enseñar yo mi juego, y así dará realmente la impresión de que hubo lucha entre él y tú, y que mataste en defensa propia —bromeó Glenn.

—Duro con él —aprobó Pearl.

La mirada de Riley se posó en la pistola que Glenn había dejado sobre un mueble, pero que quedaba fuera de su alcance. Y para llegar hasta ella tendría que arrollar a Glenn.

Este pareció adivinar el pensamiento de Riley y rio de manera hiriente, diciendo al cabo:

—No tendrás la pistola, Riley. Y aunque no tenga huellas, servirá como pieza base para la acusación contra ti.

Riley supo que estaba perdido, que no le valdrían sus argucias y que su final sería precisamente en la cámara del gas si no lograba evitarlo con un golpe de audacia.

Y el hombre saltó, lanzando la cabeza por delante, logrando hacer impacto a la altura del estómago de Glenn.

Las dos mujeres gritaron asustadas.

Pearl corrió dispuesta a armarse con un cuchillo y terminar con Riley.

CAPÍTULO XII

A Glenn no le pilló desprevenido el ataque de Riley y protegió su estómago con el antebrazo izquierdo.

Al propio tiempo saltó ligeramente hacia atrás y se dobló hacia adelante y el fallo de Riley resultó casi total.

A pesar de ello, el granuja se asió con ambos brazos a Glenn y consiguió derribarlo, cayendo los dos hombres de manera estrepitosa.

Glenn, al caer de espaldas, se encogió, replegando sus piernas, y tiró de Riley para evitar que este llegase a dominar.

Y finalmente golpeó de manera violenta con ambas piernas.

Riley salió disparado como por una catapulta, golpeándose en la cabeza con un mueble.

A pesar de ello, logró ponerse de pie, dando la impresión de que era de goma.

Glenn se levantó con tanta rapidez como Riley y adelantó para no dar ocasión a que el asesino se repusiera.

Riley atacó con los dedos de su mano derecha, que dirigió rígidos a los ojos de Glenn.

Becky, incapaz de actuar, gritó horrorizada.

En cuanto a Glenn, acudió a su defensa serenamente, protegiendo sus ojos con la mano izquierda puesta de canto sobre la nariz.

Su puño derecho se clavó en la anatomía de Riley, que boqueó y se dobló hacia adelante.

Golpeó nuevamente Glenn, que se mostró implacable, haciéndolo con el puño izquierdo, en corto, a la barbilla del asesino, al cual obligó a levantar la cabeza.

La cara de Riley quedó a merced de las manos de Glenn y este dirigió el siguiente golpe a los ojos del asesino, sujetándole la cabeza con la mano izquierda para que no pudiese eludir el castigo.

Riley dio un alarido estremecedor al percibir el agudo dolor en los ojos y se dejó caer hecho un ovillo, cubriéndose entonces con las manos la cara.

Y gritó:

—¡Asesino! ¡Ciego, me ha dejado ciego!

—Aún no, granuja, pero todo puede llegar.

Lo aferró de una pierna y la sometió a una lacerante torsión.

Riley hubo de desentenderse de sus ojos para girar y evitar que le rompiese la extremidad afectada.

Había cerrado los ojos, en los que Glenn había golpeado con los nudillos, y cuando ya no pudo dar más volteretas y sintió que los huesos comenzaban a crujirle gritó:

—¡Bastante! ¡Confieso que soy el asesino de Wilding! ¡Y que también maté a Winn para evitar que me pudiesen descubrir por él!

—Tienes que confesar más. Eres el jefe de un “gang” que se dedica al sucio negocio de las drogas.

—¡No es cierto!

—Confiesa, granuja... ¿De dónde sale tu tren de vida, tus derroches, la fastuosidad de que te rodeas?

Riley intentó despegarse a Glenn golpeando con la pierna que tenía libre y lo consiguió a medias.

Pero Glenn volvió a la carga y entonces sometió los músculos del cuello del asesino a una dura presión.

Riley, impotente para evitarlo, rechinó los dientes, sudó copiosamente y confesó al fin:

—Sí, es cierto. Pero no soy yo quien se encarga del reparto de la mercancía.

—¿Quién se encarga de eso?

—Bruce Havelok.

—¡Vaya! Ese sucio chantajista.

Riley afirmó con un movimiento de cabeza, diciendo al cabo:

—Yo me encargo de traer la “mercancía” en mi helicóptero o en mis aviones deportivos. Ya sabes que los aeródromos particulares no están controlados. En ocasiones ni siquiera es necesario tomar tierra para dejar la carga.

—Tengo una idea de eso...

—Se lanza la carga en un pequeño paracaídas en cualquier lugar desértico, y un automóvil la recoge. Va provista de una pequeña luz para que no pueda perderse.

—Muy ingenioso. No imaginaba tal cosa.

—Y si es en helicóptero, basta que este descienda hasta unos metros del suelo y lance el paquete, que están aguardando abajo...

—¿Cuándo fue el último cargamento? —preguntó Tucker.

—Hace tres días. Aún debe quedar mercancía a Havelok.

—¿Por qué mataste a Wilding?

—El muy granuja conservó pruebas de tu inocencia y estaba dispuesto a sincerarse contigo. Aproveché, además, preparando las cosas para que la gente creyese que era una venganza tuya. Becky hubiera sido mi testigo.

—¿Estabas en casa de Wilding cuando yo llegué?

—Naturalmente. Tenía que mantener a Becky bajo mi dominio. Y tenía que estar cerca para comprobar que todo salía según el plan que yo había forjado.

—Pero te pasaste de listo... —dijo Glenn en tono hiriente.

El hosco silencio de Riley resultó más expresivo que una respuesta afirmativa.

—¿Por qué mataste a Winn?

—Una necesidad perentoria. Fuiste muy hábil cuando le lanzaste encima a Mims... Becky lo había visto en casa de Wilding.

—Pero cuando tú operabas con él, lo hipnotizabas.

—¡Naturalmente! Pero a él se le había visto conmigo más de una vez y se hubiese llegado a la conclusión de que era uno de mis hombres clave.

—¿Lo era?

—Sí. Servía de mediador entre Havelok y yo, aunque él lo ignoraba. Era quien se hacía cargo de la mercancía para llevarla al otro. Y luego recogía una parte de ella... Winn tenía sus propios clientes.

—¿Quién te enseñó a hipnotizar?

—Cuando hables con Reginald Horton, él te dirá que somos compañeros de promoción. El ejerce y yo no. En Los Ángeles sabe muy poca gente que soy médico siquiatra.

—Sí que es una sorpresa.

—Estudíé la carrera y me especialicé en siquiatría por estudiarme a mí mismo. Llegué pronto a la conclusión de que yo estaba peor que muchos de los pacientes que iban a la consulta de mis profesores.

—Aunque te hagas el loco, dudo que te libres de la cámara de gas, Riley. Así es que no pierdas el tiempo.

—No me importa ir a la cámara de gas. La vida, fuera de cómo yo la vivía, no tiene aliciente para mí. Y una condena que no sea la última pena, sería para mí peor que la muerte. Prefiero la cámara de gas.

—Se tendrán en cuenta tus deseos.

—En cuanto a Havelok, ese sucio chantajista, haré lo posible para que le carguen una buena condena.

—¿No es tu compinche?

—A la fuerza. Me dediqué a traer drogas porque me lo impuso él. Mucha gente se sentiría aliviada si él cayese.

—¿Qué fue lo tuyo?

—Hace dos años pasé por un mal momento, firmé un cheque y

no tenía fondos. Para cubrir la cosa, hice dos granujadas más. Y entonces Havelok, que vigila tales hechos, me tuvo en sus manos. Y me obligó a entrar las drogas.

—A ti no te iba mal —dijo Glenn con viva ironía.

—Confieso que no. Gracias a eso he podido seguir manteniendo mi tren de vida sin que la gente tuviese idea de que hace tiempo que estoy arruinado.

Tucker inutilizó a Riley amarrándole las manos a la espalda y atándolo también por los tobillos.

Pearl, que había regresado con el cuchillo y había sido testigo de las declaraciones del granuja, dijo a su vez:

—Puedes dejarlo suelto. Tal vez diese motivo para que yo vengase lo que ha hecho conmigo. Fue él quien me inició en el uso de las drogas.

Becky, que había permanecido silenciosa, se adelantó hasta Riley y le preguntó:

—¿También hipnotizabas a Connie?

—También —respondió cínicamente—. Ella buscaba adeptos a la droga; pero cuando el asunto vuestro, comenzó a representar un peligro... Entonces la hipnoticé y la ordené que se tirase desde donde se tiró.

Becky no se pudo contener y asestó una bofetada en una de las mejillas de Riley.

—¡Asesino! La cámara de gas será poco para ti. Te había calificado ya de monstruo sin saber que eras tú. No me equivoqué... Y eso que entonces no sospechaba que Connie había sido asesinada.

Glenn llegó hasta el teléfono y marcó el número de Farrell, el cual se dio a conocer inmediatamente, gritando luego:

—Tucker, ¿verdad?

—Eres un adivino.

—¿Cuándo te vas a decidir a confiarte a nosotros? ¡Me tienes en vilo! ¡En realidad, nos tienes en vilo a todos!

—¿Cómo fue el asunto de Mims?

—Llegamos a tiempo y lo sorprendimos. A él y a los gorilas que le acompañaban. Pero tendré que soltarlos pronto.

—Presento acusación contra ellos por intento de asesinato contra mi persona. Tengo testigos.

—¡Estupendo, muchacho! Yo había pensado colgarles el asesinato de Winn, pero pudieron demostrar que lo habían dejado con vida. El arma que mató a Winn no es ninguna de las que ellos llevaban.

—El arma que mató a Winn está al alcance de mi mano.

—¿En dónde estás? ¿Es que piensas seguir jugando al escondite?

—Nada de eso. Está la pistola aquí, cerca de mí. Y está también el asesino.

—¡No te muevas de ahí! ¡Vamos enseguida!

—Pero si no he dicho aún en dónde estoy.

—Pero lo vas a decir.

—Atiende antes. Debéis detener a Bruce Havelok. Acusación: tráfico de estupefacientes.

—¡No!

—Sí. Tengo testigos. Hacedle un registro y es posible que le encontréis aún algo de mercancía, pues el último envío lo recibió no hace más que tres días.

—¡Eso va a estar hecho enseguida!

—Por si acaso, haced un registro también en “Los Trece”. Mims está muy cerca de toda esta cuestión de las drogas y es imposible...

Tucker se dejó caer al suelo rápidamente.

Coincidiendo con su movimiento retumbó en la pieza el ruido de un disparo y la bala, después de silbar a muy pocas pulgadas de la cabeza de Tucker, destrozó otra chuchería de las que adornaban la salita.

Havelok había aparecido por el mismo lugar que había servido, primero a Riley y luego a Tucker, para entrar.

Se dispuso el granuja a disparar por segunda vez corrigiendo puntería y antes de que apretase el gatillo destelló un cuchillo en el aire, lanzó Havelok un gemido de dolor y hubo de soltar la pistola.

Pearl había lanzado el cuchillo con tanta fortuna que había atravesado el brazo del granuja, obligándolo a soltar el arma.

Glenn intervino rápido para inutilizarlo completamente.

Cuando acudió al teléfono, Farrell gritaba desesperado.

Tucker le puso al corriente de lo que sucedía.

—¿Pero se puede saber en dónde estás? —gritó el policía, desesperado.

—Naturalmente que se puede saber. Creí que lo habrías adivinado. Estamos en el departamento de Pearl Coleman. Está dos plantas más arriba que el de Becky Hillman. Por cierto, ¿quieres ser testigo de la boda entre Becky y yo?

—¡No! ¡Quiero olvidarte cuanto antes!

—Como quieras. De ingratos está el mundo lleno.

Glenn colgó el aparato telefónico sin aguardar la respuesta del policía.

Becky, emocionada, preguntó:

—¿De verdad que vamos a casarnos?

—Tan pronto como hagamos entrega de estos granujas a la policía...

—¡Eres maravilloso!

Se abrazó a él.

Pearl carraspeó y dijo luego:

—Cuidado, muchachos, me estáis poniendo los dientes largos.

Suspiró y dijo:

—Aunque para mí es difícil un amor como el vuestro... Mi vicio...

—¿Y por qué no te pones en cura? Debes hacerlo O soy capaz de denunciarte —amenazó Becky.

—Creo que tienes razón. Me pondré en manos del doctor Horton. Él me curará a mí, y yo lo consolaré del desengaño que él se llevará cuando sepa que te pierde irremisiblemente.

Havelok interrumpió, gritando:

—¿Quieren dejar ya esas tonterías? Me estoy desangrando.

—Antes has desangrado tú a otros, granuja —respondió Glenn.

—Aunque no lo merece, lo curaré —ofreció Pearl, la cual marchó en busca de lo necesario al botiquín que tenía en el cuarto de baño.

—¿Cómo se le ocurrió venir? —preguntó Tucker a Havelok.

—Me dio en la nariz que lo de Wilding había sido cosa de Riley y que la cosa se iba a enredar. Intenté localizarlo, dispuesto a despacharlo en donde lo encontrase.

—No hubiese estado mal.

—Lo vi subir aquí por casualidad, cuando me retiraba descorazonado. Iba a subir yo, pero se me adelantó usted... Después hube de aguardar, pues un policía se plantó ahí como si presintiese la cosa. Cuando al fin se alejó y pude subir, era tarde ya.

—Sí, era tarde ya.

—En realidad, en lugar de tirar contra usted, debí tirar contra Riley.

—¿Lo dice para enternecerme, Havelok?

—¡Váyase al diablo con sus bromas!

Llegó Pearl con el material sanitario y Becky se dispuso a ayudarla.

En la lejanía, se oyó el agudo ulular de las sirenas de los autos de la policía.

El ulular se fue produciendo cada vez más próximo, ganando en volumen, hasta que cesó a la puerta del edificio.

Riley rompió a reír de improviso, dando la impresión de que estaba loco de verdad.

—¡La cosa no está mal, chantajista! ¡La de gente que se va a sentir liberada cuando te metan en presidio! Aunque si fuese yo el que te juzgase, irías a la cámara de gas. Porque tú eres cien veces peor que yo, Havelok... ¡Sí, sé bien lo que digo! ¡No, no estoy loco! ¡Sé bien lo que digo!

Se oyó el ruido que producía el ascensor y a poco los golpes que daba en la puerta el teniente Farrell.

—¡Vamos, Glenn! —gritó el hombre—. ¡Tengo derecho a descansar! ¿no? ¡Pues terminemos de una!

F I N

Silver Kane
LA ZARPA



Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO RO



Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S.



COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges

"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
834 — Jesús Navañro
LIGERAMENTE FEA

COLEC. "MADREPERLA"
730 — E. Aguilar de Rücker
UNA MUJER EN PELIGRO

COLECCION "ROSAURA"
674 — Carlos de Santander
AMAR ES MEJOR

COLECCION "AMAPOLA"
561 — Marisa Villardefrancos
EL AMOR IMBORRABLE

COLECCION "ALONDRA"
495 — María Lar
JUGUETES

COLECCION "CAMELLA"
436 — May Carré
INVITACION A UN SOLTERO

COLECCION "CORAL"
118 — Corín Tellado
CASEMONOS

COLECCION "CORAL"
119 — Corín Tellado
YO NO SOY
AQUELLA CHICA

COLECCION "CORAL"
230 — Corín Tellado
YO NO SOY ASI

COLECCION "BISONTE"
775 — John Lack
VALLE SOLITARIO

Col. "SERVICIO SECRETO"
639 — Clark Carrados
PASTO DE LA MUERTE

COLECCION "BUFALO"
472 — A. Rolcest
TROMBA EN LA PRADERA

COLECCION "TEXAS"
340 — Joe Mogar
"SONORA JIM"

COLECCION "CALIFORNIA"
319 — M. Lafuente Estefanía
EL CALIFORNIANO

COLECCION "COLORADO"
264 — Keith Luger
REFUGIO DE CRIMINALES

COLECCION "KANSAS"
230 — M. Lafuente Estefanía
¡VAYA FAMILIA!

Col. "HEROES DEL OESTE"
212 — M. Lafuente Estefanía
JUGANDOSE LA VIDA

COL. "ASES DEL OESTE"
182 — Silver Kane
BLANCANIEVES Y LOS
SIETE PISTOLEROS

COLEC. "BRAVO OESTE"
94 — Cliff Bradley
DONDE MORIR ES FACIL

COLEC. "PUNTO ROJO"
28 — Alf. Regaldie
LA MUERTE OS SALUDA

SEL. "SERVICIO SECRETO"
6 — Charles Mitchell
EL CANTO DEL HACHA

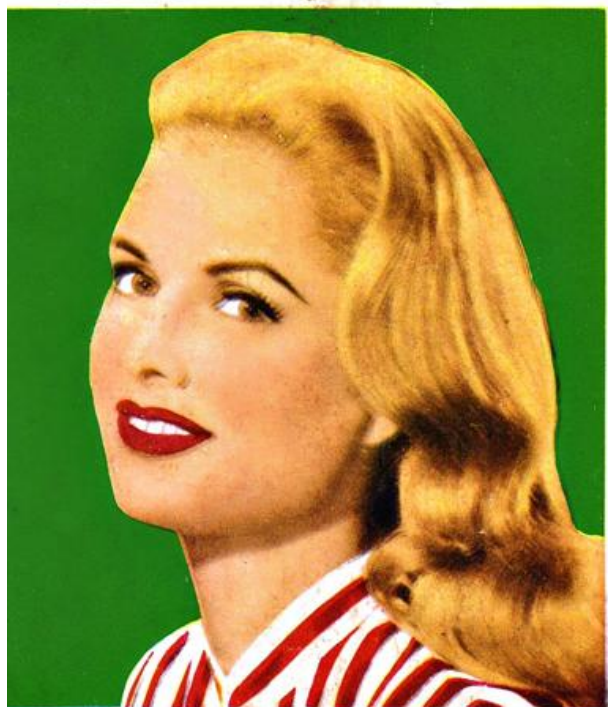
Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 18-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Cede, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Eoyacá - QUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacsihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop. - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
guín a la Cruz, 178 - CARACAS.



1533

Martha Hyer

Nació el 10 de agosto de 1929 en Fort Worth, Texas. La hemos visto, entre otras, en "Himno de batalla", "Un mayordomo aristócrata", "Como un torrente", "El embrujo de París", "Sabrina" y "Cintia".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain